

UBI SCIENTIA, IBI PATRIA

ATENE O

REVISTA DEL ATENEO DE EL SALVADOR

CIENCIAS
IDIOMA
LETRAS
ARTES

Programa de Labores en Desarrollo

CICLO DE CONFERENCIAS SEMANALES.—CONFERENCIAS POR DELEGACIONES EN EL PAIS.—EXTENSION CULTURAL POR RADIO.—ESTIMULO AL NORMALISTA INTELIGENTE.—JUEGOS FLORALES ESCOLARES.—EXPOSICION DEL LIBRO INEDITO.—ANTOLOGIA CENTROAMERICANA.—UNIVERSIDAD DEMOCRATICA PARA DIFUSION DE CULTURA.—CONCURSOS LITERARIOS Y ARTISTICOS.—INSTITUTO EN EL SENO DEL ATENEO.

1 9 5 4

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

ENERO, FEBRERO Y MARZO

AÑO XLII — NUMERO 200 — IV EPOCA



JUNTA
DIRECTIVA DEL ATENEO DE EL SALVADOR
En el año 1954

Presidente	Coronel e ingeniero Simeón Angel Alfaro
Vicepresidente	Doctor Manuel Zúñiga Idiáquez
Secretario General	Doctor H. C. Juan Felipe Toruño
Pro-Secretario	Doctor Napoleón Rodríguez Ruiz
Secretario Adjunto	Presbítero Vicente Vega y Aguilar
Bibliotecario	Profesor José Lino Molina
Síndico	Doctor Manuel Vidal
Tesorero	Don Braulio Pérez Marchant
Primer Vocal	Doctor Arnoldo Hirlemann
Segundo Vocal	Doctor Rosendo Morán Monterrosa
Tercer Vocal	Doña Graciela Huezo P. de Gutiérrez (Irisol)
Cuarto Vocal	Don Manuel José Arce y Valladares
Quinto Vocal	Profesor Gilberto Valencia Robleto.

ATENE O

ORGANO DEL ATENE O DE EL SALVADOR

—UBI SCIENTIA, IBI PATRIA—

Director: Cnel. e Ing. SIMEON ANGEL ALFARO

Radactores: Dr. H. C. JUAN FELIPE TORUÑO — Don MANUEL JOSE ARCE Y VALLADARES

Año XLII

San Salvador, C. A., Enero, Febrero, Marzo de 1954

No. 200

EDITORIAL

Nuestros Actuales Propósitos

Toda institución de cultura que por su meritoria e ininterrumpida labor haya conquistado puesto de preeminencia ante la conciencia ciudadana, como factor preponderante en el adelanto nacional, se hace merecedora del apoyo general, de parte de aquellos elementos amantes de las manifestaciones del intelecto y del espíritu que van en beneficio desinteresado de la sociedad.

El Ateneo de El Salvador, es el más antiguo organismo de ese carácter, existente en el país, desde que se fundó el 21 de septiembre de 1912, en los comienzos de una época de inquietudes literarias, a iniciativa de un grupo de intelectuales visionarios, patrocinado por un gobernante ilustre y amante de la sabiduría, el malogrado doctor don Manuel Enrique Araujo, y pertenece a esa categoría de nobles creaciones que han hecho y continúan haciendo llamada pero efectiva labor, en pro de nuestro mejoramiento intelectual, haciendo irradiar hacia el exterior como manifestación clara por medio de su revista ATENE O, trabajos científicos y producciones literarias de sus miembros con elevadas elucubraciones del pensamiento humano.

En el decurso de su actuación el Ateneo ha tenido que alternar épocas florecientes con incontables vicisitudes, ora solazándose por vías expeditas, ya venciendo sin número de obstáculos, sin arredrarse, de frente hacia el futuro para cumplir mejor los postulados que le dieron vida, que le han visto crecer y florecer, para continuar en estas alturas a ritmo con las realidades del presente que vivimos.

Al mismo tiempo nuestra Institución ha experimentado en su vida interna el vibrar de entusiasmos y de aspiraciones nobles, en el deseo de afirmar su propia existencia sobre bases más sólidas y perdurables, reorganizando su sede en edificio propio, de acuerdo con las extensiones que sus actividades social—administrativas le están reclamando; mas esas aspiraciones no se han podido realizar hasta hoy, debido a que las instituciones de esta índole no pueden ser utilitarias; de ahí que sus capacidades económicas no correspondan a tamaña empresa, como lo es la de erigir tal edificación, que por sus características vendrá a ser un templo más de las ciencias y de las letras patrias, desde el cual continuará su misión de abanderado de la cultura salvadoreña, en mejores condiciones que hasta hoy.

Esta plausible idea que abriga el Ateneo, pleno de optimismo, no es de hoy, sino que procede de años atrás; pero nosotros le hemos dado actualidad, inspirados en la confianza de que le hemos de encontrar alguna solución favorable a este problema vital que nos hemos planteado, en la confianza, además, de que en la época actual de bonanza económica de la nación vamos a tocar puertas franqueables para nuestros anhelos, esperando encontrar personas de elevada comprensión espiritual propicias a darse con amplitud de criterio, a la realización benefactora de obras de utilidad tan manifiesta para la comunidad en que conviven, sin otro interés que la satisfacción de promover el adelanto social, tal como se estila en países en donde no escasean los Mecenas, ni los Rockefeller insignes.

Por ahí cerca, en nuestro mismo continente, contamos con países como México, Cuba, Colombia, Venezuela y otros más, en donde instituciones similares han contado no sólo con las simpatías y el decidido apoyo de los organismos oficiales, sino también de ciudadanos desprendidos, compenetrados de lo que significa para sus respectivas patrias la creación y funcionamiento de instituciones y centros de esta clase, que contribuyen a formar en el conjunto de monumentos y valores cívicos de una ciudad, de una comunidad y hasta del Estado mismo, por cuanto que significan ante el mundo civilizado el índice que marca el grado de desarrollo alcanzado en los demás aspectos inherentes al adelanto progresivo reclamado por las urgencias vitales de la humanidad en los tiempos actuales.

Creemos con fé de convencidos que el interceder en beneficio de terceros en nada afecta a nadie; muy al contrario, estimamos que si no se actúa pudiéndolo hacer se comete un error y a veces hasta un perjuicio en contra del adelanto de personas o de instituciones que, por moral y por dignidad, se abstienen de hacer llamamientos de ayuda económica, lo cual en la actualidad más que nunca, constituye una práctica aceptada por quienes están en condiciones de servir y un aliciente tan honrada como honesto para quienes lo han menester, en casos como el de referencia.

Filosofía del Espíritu

HOMBRE, AMBITO Y ANGUSTIA

Por el profesor Alfredo Betancourt
(De la Comisión de Filosofía y Letras)

*La conciencia, propiamente hablando,
no es potencia, sino acto.*

Santo Tomás.

*El alma es, en cierto modo, todas las
cosas que existen.*

Aristóteles.

**Hombre
y Sér**

El Hombre es la esencia de lo Absoluto en actitud dinámica como efecto de la inteligencia, en posición explicativa hacia el paisaje, en actitud espectante del medio y de la entraña del mundo, porque existe en él. Mas, como cada mente contempla su ámbito conforme su alcance íntimo, en su constelación psíquica, singularmente enmarcado, existe la posición filosófica o pensante de cada uno, frente a lo que por sí es manantial inextinguible de verdad y de belleza: la Madre Natura. Por eso he llevado mi pensar, de reflexión en reflexión, sobre lo ontológico y la posición del hombre ante el Cosmos.

Tal es el criterio que sustentamos. Si obtenemos el éxito deseado habremos hecho obra; si no, habremos cumplido con un deber impuesto por la posición de dirigentes de los destinos del Ateneo en el presente año social, los que consideramos dignos de mejor suerte, por tratarse de un exponente del pensamiento que honra a El Salvador ante el consorcio de naciones civilizadas.

Esperamos que en la actualidad, como cuando surgió este centro en el campo de las letras nacionales, merezca un patrocinio más decidido de quienes estén en condiciones de superar aquel impulso recibido en sus comienzos y en algunos otros raros períodos durante los cuarenta y dos años que lleva de sorfeear escollos, escudado por su constructivo lema: «UBI SCIENTIA IBI PATRIA».

Tales nuestros actuales propósitos.

S. A. A.

Lo físico y lo psíquico

El mundo físico objetivo y por lo propio, espacial, extenso, medible, matemático, y la existencia psíquica o de fondo, subjetiva, inextensa, íntima, continua, se transforman, cambian de presencia por razón de principios naturales. El yo pensante se trasmuta, como se trasmuta todo cuanto se sustancia, pero hay permanencia de sér en el cambio. Este concepto, disciplinado como doctrina metafísica del «Nada es, todo deviene» o Doctrina del Devenir, se debe al genial cerebro pre-socrático de Heráclito de Efeso.

El escenario a que aludimos (lo extenso) entra en activa conjugación con las capacidades psíquicas cognoscentes del «ego cogitans», del Sér Pensante: el Hombre. Es así como en la historia de la cultura y de la civilización aparecen los principios filosóficos y científicos como meras posiciones ontológicas en ascensión perenne. En el afán de penetrar en la esencia de las cosas, ha creado el pensamiento humano el valor ético, el valor estético, el valor metafísico, el valor positivo, porque se impone necesariamente al mundo con su capacidad intelectual. Es que el hombre no permite —consciente o inconscientemente— la sujeción absoluta. Naturalmente es rebelde; impone a las cosas el sello de su personalidad. Pretende someter todo a su poder mental. La Creación lo ha situado en la cúspide de la sustancia universal: nada tiene más poder que el pensamiento. Los valores son, pues, creaciones del hombre por su presencia ante sí mismo, ante la vida y ante el Universo. Las formas tangibles o sensibles, como apariencias o cambios del ser físico y los contenidos anímicos —existencias espirituales del ser psíquico— estimulan la estructura aprehensiva intelectual del hombre, medido y medida de todo. Esta tesis del funcionalismo explica que la energía físico-química (como objeto) estimula a la capacidad psíquica en función espacio-temporal, para que se efectúe la respuesta o reacción correspondiente, que constituye la base del funcionalismo psíquico o comportamiento. Si el sujeto actúa por influjo de su consciente, que le permite aprehender la sustancia, tiende al conocimiento del objeto. Fijando más en la naturaleza del motivo la consciencia, la esencia de la cosa es conocida, incorporada al mundo del intelecto; el Yo hace suyo al objeto y se posesiona de la cosa en sí; de esta suerte la cosa *es*, porque existe como operación intelectual, con la que hay correspondencia fiel. Hay en la mente humana una tendencia innata por conocer; pero esta disposición se encuentra muy diferenciada en los individuos por múltiples circunstancias. El alma del hombre —su propio sér interior, según Santo Tomás— se empeña

El funcionalismo psíquico

por conocer. Ya Aristóteles dijo: «el espíritu que existe en el hombre, conoce de su existencia, viviendo los objetos; anhela conocer incesantemente; es lo que eleva al humano sobre la bestia.

El hombre vive y sabe que vive: se ubica en el tiempo y en el espacio con plena consciencia de sér. La consciencia del hombre lo estructura y lo personifica, transformándose en virtud de la continuidad de su propia unidad, experimentando las vivencias de los objetos, que también se transforman.

Dios y Sér

En el mundo y en el hombre está el Sér absoluto y Uno, en presencia esotérica; en todas y en cada una de las cosas: Dios, que se transforma y se valoriza a cada instante. Y El es soberano, porque es en esencia, el Sér mismo, pantomorfo y panpsiquismo; el que existe por sí mismo: la causa primera y última; primero y único principio filosófico: la Naturaleza. Por fragmentos ínfimos —las verdades— va poseyendo el hombre a Dios; sin embargo no lo alcanza y no puede comprenderlo.

A través del espacio y del tiempo es el Sér Absoluto —Dios— eterno y mutable en perpetuo devenir. Esa mutabilidad en la unidad es la que caracteriza la eternidad de lo que Es. El pensamiento del hombre lo percibe y lo analiza de manera muy limitada, con temor y curiosidad. Es en estas ideas donde creo encontrar la convergencia de las doctrinas trascendentales de la Filosofía helena: la del Devenir de Heráclito y la del Sér de Parménides de Elea.

Verdad y Sér

El Sér, presente y Uno en cada cosa y a cada instante —aun transformándose— es racionalmente verdadero, referido a la mente que concibe, con sus atributos inseparables: esencia, evidencia, trascendencia, unidad, mutabilidad, y perfectibilidad. Mas, la verdad del Sér, —lo que es la cosa en sí— sólo se conoce en función de la razón, para ajustar el pensamiento a la realidad del objeto; es decir, la verdad sólo es tal al identificarse el pensamiento con el objeto valiéndose de la vía natural: las formas de la elaboración del concepto. «Es evidente que nuestro espíritu se satisface, sobre todo, con la verdad racial; está seguro de evitar el error si no ha procedido más que por identidades». Es así como la filosofía y la ciencia han buscado anhelantemente el *critério de la verdad*; que permita el uso del juicio y del razonamiento de modo indudable e irrefutable a base de la posesión de conceptos verdaderos. Por esto, el sistema filosófico cartesiano es el más recio puntal de racionalismo: (Cogito ergo sun). («Discurso del Método».—1637). La duda, el pensamiento y la verdad constituyen la base de la

moderna actitud ontológica frente al Universo. Para que las cosas se tengan por idénticas a ellas mismas es preciso que el pensamiento las identifique como verdaderas; es decir, que no haya duda de su categoría. A es A y no es No A. (Principio de Identidad).

El Sér no se explica a sí mismo más que en el único caso de afectar la modalidad de pensamiento humano: es la identidad del Yo con la sustancia del No-Yo.

Consciencia Y Conoci- miento

Sólo el hombre tiene consciencia, en cierto modo, de entender su mundo (interno y externo): pero es incapaz de conocerse totalmente: ese mundo se escapa al poder de enfoque mental. El pensamiento del gran Sócrates (Cónocete a tí mismo) tendrá siempre valor relativo; sin embargo, el hombre es el constructor del panorama científico y de los sistemas filosóficos, de la cultura y de la civilización, porque ha visto más hacia fuera que a su interior. Es que el Universo es fuente inagotable de sabiduría; el hombre ha buscado a Dios en el Universo, y Dios está eternamente en el Universo y en la sabiduría. El hombre no podrá conocerse nunca totalmente. Su integridad es su propia incógnita. Y esto preocupa seriamente al pensador contemporáneo. Bien lo ha dicho Carrel en su obra «El Hombre, un desconocido». Y Nietzsche dijo: ¿Qué son las palabras sino arco iris y puentes de ilusión entre seres eternamente separados? Sin embargo, Freud, la tendencia psicoanalítica contemporánea, San Agustín y Dostoiewski por el trascendental aporte al anhelo filosófico del conocer íntimo, han ganado la inmortalidad.

II

Esencia y Accidente

Si procedemos con sentido lógico, don específico de nuestro pensamiento, en nuestra conducta mental, no confundiremos el accidente con la esencia; al Sér, la cosa en sí, con la apariencia. Los objetos, aun siendo Dios, *no tienen valor de verdaderos ni de falsos en tanto no son tocados por la mente humana*: éste es el principio del saber. La consciencia delimita al objeto real y al vocablo que la significa. El término que precisa un concepto, designa a la cosa en esta dualidad: denotación y connotación. Por la primera establece su extensión y por la segunda, su propio valor como expresión.

Precisando así el contenido de consciencia, la aprehensión conceptual forma parte del proceso de conocimiento. Entonces, los objetos, como datos empíricos, integran sucesivamente a los sujetos que los experimentan, determinan-

**Razón y
comporta-
miento**

do el saber que tiene un alcance relativo. En otros términos: al orientar el sujeto (prospección e intencionalidad) su capacidad de conocimiento a la cosa, (objeto por conocer) ésta vivencialmente existe en la consciencia que ha de integrar la personalidad por medio de la permanencia en el infraconsciente. El yo no sólo actúa por su facultad intelectual, que tiene específica función de conocer. No se puede actuar sólo por razones. La asociación integral de las capacidades psíquicas, determinan la categoría conductivista, prospectiva e intencional del sujeto. No debe pensarse que la inteligencia es la que decididamente encauza al comportamiento. Se ha escrito últimamente que la saturación de la tonalidad efectiva (placer o desplacer) normal, patológica, individual o social, obliga a lo anímico a determinado comportamiento, ejerciendo más fuerza que el propio poder de discernimiento y que el poder volitivo. Sin embargo, el razonamiento no se subordina al efecto; no se supedita a la tonalidad efectiva; la voluntad —eje de conductivismo humano— en su proceso, no se subordina a la razón, de manera exclusiva. Generalmente es el sentimiento el que más pesa en el momento preciso de decidir.

**Sujeto pen-
sante y
objetos**

La propiedad delimitativa y analítica de la consciencia en el fenómeno de la atención, hace que nos apropiemos gradualmente de la esencia del Sér. Esto nos hace afirmar que no puede haber Ontología sin Lógica; ni puede haber Lógica sin Psicología. El ente racional, antes de razonar, juzga, y antes de juzgar, concibe. Mas, no es posible la función cognoscitiva sin la percepción, que es el acto integral intelectual inicial en circunstancias de forma y fondo; referidas éstas tanto al objeto como al sujeto; la primera es necesariamente precisa y clara; la segunda es como el marco que permite el relieve de la forma. Ambas condiciones hacen en la operación unitaria psíquica la estructura o globalización del objeto percibido. Pero no es el objeto indiferente de relación el que guarda tal arreglo; es el espíritu el capacitado naturalmente a la experiencia de tal función fenomenológica. Por esto, digo que no es posible conocer al objeto sin delimitarlo, diferenciándolo, identificándolo de manera inconfundible; sólo así puede haber localización del objeto en el espacio y en el tiempo con relación al Yo experimental. Es ésta la propiedad espiritual que llamo «capacidad de existencia del Yo» (vivencia), por la cual el hombre sabe que vive y se orienta en su vivir trascendental; sabe en qué piensa y cómo piensa.

**Fenomeno-
logía**

Si nuestro estilo mental asciende por el proceso que exige el conocimiento, esto es, desde la intuición sensible hasta la inferencia inmediata (oposición y conversión), o mediata, silogística e inductiva, tendremos que el Sér esencial singularizado es, indefectiblemente, una verdad más en nuestro espíritu. De esta manera se define el conocimiento científico, que permite la relación clara entre la Naturaleza y el Hombre.

III

Filosofía de la existencia

Martín Heidegger; notable filósofo alemán contemporáneo, sostiene la tesis que el Sér está en nosotros en tanto lo conocemos. El Sér no es extraño al pensamiento. Se identifica con éste sustancialmente, en un determinado tiempo. Pienso que no otro resorte es el que sostiene nuestra argumentación en todo lo escrito con respecto al conocimiento. Llámase a la posición del pensamiento de Heidegger, «Filosofía existencial». El problema fundamental de la filosofía, según este pensador, es el de la «Esencia del Sér». Lo que el «Sér» es, lo intuimos solamente en nosotros mismos, porque cabalmente es esencial al Yo al aprehenderse primariamente en su «Ser»; en oposición al mundo circundante de las cosas que primeramente se nos presentan como «algo» cualitativamente determinado; «mediante los actos de preocupación nos orientamos hacia las cosas, y por medio y a través de ellas hacia nosotros mismos. Es la actitud de angustia o la preocupación de sí mismo en relación con todo cuanto quiere explicarse. Como el Sér es, en suma, la verdad objetiva, cuando se afirma que se sabe la verdad se posee por ese hecho, al Sér que es un objeto personal, pero no por ello falso.

El Yo, el objeto y la angustia

En verdad, el Sér está en nosotros, en tanto tomamos datos racionales del mundo, porque frente a nosotros se abre ese inmenso panorama natural que invita a ser conocido, tanto más, cuanto más advertimos nuestra incapacidad o nuestra impotencia que determina desesperación y tormento. Sobre esta posición filosófica han elucubrado insignes pensadores europeos, tales como Jasper, Unamuno, Husserl, Scheller, Bergson, Sartre. La tesis, tomada en su principio, explica que cada hombre es un ente a manera de micro-cosmos que somete al mundo a la potestad de su espíritu; es decir, que cada quien concibe al mundo de acuerdo a su existencia. Esto es, en cierto modo, el concepto primordial de la filosofía de la persona. También los místicos han elevado sus pensamientos como buscando un pun-

to de apoyo seguro para explicar con mejor propiedad la auténtica relación del Sér y las cosas. Sören Kierkegaard (1813—1855), pastor protestante danés, fué de los primeros grandes iniciados en este sugestivo problema.

Este religioso introvertido, profundamente espiritual, vivió en su mundo de aislamiento considerando a las cosas comunes y vulgares con relativo desprecio para elevarse con las trascendentales al campo de una metafísica singular, sin apoyarse en el pensamiento sistematizado de la filosofía oficial.

Angustia es
anticipo de
fracaso

Kierkegaard trató de que se afirmase tal criterio en las relaciones del hombre con los diferentes objetos, anteponiendo a todo conocimiento la idea de que el hombre es un subordinado de Dios, con el necesario temor o angustia de no poder abordar racionalmente los grandes problemas metafísicos. Esta circunstancia hace que la persona —según esta doctrina— se atormente o se preocupe fundamentalmente de dos asuntos correlativos: 1º de su propia persona contradictoria (miserable y grande) que se esfuerza por comprender al mundo desde su ente personal; 2º de su imposibilidad de asegurar que la existencia vivencial del ente es el *Ser* indiscutible por indubitable. Es que el *ente* es absolutamente individual, en tanto que el *Ser* es absolutamente universal, aunque éste sea vivido por aquel. El objeto tiene que acomodarse a la individualidad y a la mutabilidad propia de la corriente concienical de cada persona. Esto es todo lo que caracteriza a la doctrina filosófica llamada Existencialismo, tan complicada en sus concepciones y tan diferenciada en sus representativos. Hay una extraordinaria distancia entre Heidegger o Bergson y Sartre o Camus.

Sér y ente

«Las relaciones que hay entre el Sér y el ente hay que elucidarlas; pero no hay que partir de las cosas del mundo que nos rodea, sino del análisis de la existencia humana, de cada una de nuestras existencias. Así es que si preguntamos ¿qué es el ente? involucramos el supuesto de que pretendemos averiguar qué es lo que hace que tal ente sea lo que es; o sea, que como el ente «es», resulta que al preguntar por el ente, al mismo tiempo lo hacemos por el sér, puesto que el ente «es», tiene ser, que es lo que hace sea el ente. Pero entonces, como el sér es fundamento de todo y no es ente, es un no—ente. Por lo que la diferencia entre el sér y el ente, es que el último existe, es real, en cambio, el sér no tiene realidad, pero es el fundamento de los entes que al existir se diversifican». (Menéndez Samará).

Existencialismo y Fenomenologismo

Para mí el existencialismo no es más que un fenomenologismo intelectual; esa filosofía ha resultado del análisis de lo vivido por entes individuales en la sucesión del tiempo, los cuales pueden acertar en la esencia de las cosas, determinando así identidad de los sujetos pensantes con el objeto pensado. Este carácter óntico y ontológico de la filosofía existencialista es el mismo que precisó el pensador F. Brentano con su ley de la intencionalidad psíquica: siempre existe un objeto referido a un dato de conciencia con referencia estrictamente íntima, personal, única.

Los filósofos han tratado con decidido empeño, desde hace muchos siglos, penetrar en la naturaleza del hombre y en la relación que observa con el mundo; de este modo han creado pensamientos o concepciones atrevidas y geniales que han venido a constituir los diversos sistemas filosóficos. Se puede afirmar que esto que hoy llaman existencialismo no es una novedad, sino en el nombre. Los grandes pensadores siempre han partido de la naturaleza psicológica del hombre para elaborar sus doctrinas; pero nadie ha establecido más recias categorías que el genial Platón. Todo el pensamiento occidental es Platón, dicen algunos.

A pesar de que la verdad no es una revelación de los dioses sino una larga y dolorosa investigación, según Xenófanes, decimos que esa penosa actividad del Hombre no da, en modo alguno, la posesión absoluta de la naturaleza del Sér. «No aprehendemos, dice Heidegger, jamás en sí y de manera absoluta la totalidad de lo existente». Pero el hombre pretende angustiadamente conocerse y conocer a la Naturaleza y su potencia adquisitiva será inquietud perenne en su propia peregrinación por este mundo, y seguirá creyendo la verdad y en general los valores, para su bien... o para su mal...

Escuela Normal
«Alberto Masferrer»—1954.

Influencia de San Salvador en el Establecimiento del Estado de El Salvador

Por el doctor Manuel Vidal
(De la Comisión de Geografía e Historia)

Es un hecho plenamente demostrado que la tesonera lucha de San Salvador, cristaliza en diamantina realidad. Su energía, puesta al propósito de una Centro América Federada, aunque no desmaya jamás, en ciertas ocasiones choca contra obstáculos difíciles de remover, de manera que si mediante gráficas tratáramos de mostrarla, tendríamos que dibujar ondas sucesivas en que la curva de ascensión —Centroamérica— es mayor cada vez que la curva de descenso —separativismo— con el paso del tiempo. Aquel murmurar de fines del siglo XVIII, acrece hasta enfadar al Capitán General quien ordena decomisar las armas existentes en San Salvador y su envío a Guatemala; recelaba, y con razón, de una revuelta sansalvadorense. El gesto bravío en efecto, fue plasmado en San Salvador, y quedó fijo, indeleble, en el alma noble de todo centroamericano. Porque, ¿cómo podría olvidar a quien se sacrificó por legarle Patria, su óptima riqueza? Aquel 5 de noviembre —profesión de fe para los próceres sansalvadoreños—, ya identificados con el ideal acaso provino del centroamericano desconocido, del Juan Pueblo inmortal; pero los sacerdotes y patricios hierofantes, los conductores del pueblo, capitaneaban sus filas e interpretaban su afán. José Matías Delgado, Manuel José Arce, los padres Aguilar, Domingo de Lara, Juan Manuel Rodríguez, Pablo Castillo, indisolublemente ligados, mantenían al mismo intenso ritmo sus corazones —como uno solo— batallando en la lucha redentora. Una humilde mesa de Alcaldía sirvió de tribuna a Arce, que sube al paraninfo del hombre libre y proclama solemnemente la independencia en aquel 5 de noviembre. Como tantas polémicas ha suscitado este dato, de ahí la inasistencia: el 5 de noviembre de 1811 es la fecha eternal de Centro América.

Tal es mi criterio por las razones siguientes: En la mayoría de las naciones del Orbe se tiene una fecha venerada, la fecha de la Patria por excelencia, y a ella se le recuerda, se le respeta, se le reitera el juramento de fidelidad. Por supuesto, así ocurre en todas las naciones latinoamericanas. También hay países, que al objeto de hacer más ferviente la oración patria, simbolizan un acto de heroísmo de sus antepasados para que sirva de paradigma entre sus hijos, a peren-

nidad... Francia, por ejemplo, en el 14 de julio de 1789, el pueblo de París, sin armas, sin apoyos, hambriento y desnudo, toma el torreón de la Bastilla, que era entonces ergástula de horrores a donde la monarquía imperante, y la pasada, sepultaban a los franceses. Mas, aquel pueblo extenuado, arrojando piedras, esgrimiendo palos, con las uñas y el coraje, arrancó el tenebroso lugar hasta que no quedó nada en absoluto del presidio infamante. ¿Lograba el pueblo de París, con la toma de la Bastilla, un objetivo político? En manera alguna. Ni cuartel, ni regimiento militar, fué la Bastilla para que su destrucción fuera considerada como victoria guerrera. Empero, la hazaña del ciudadano de París tendió a demostrar, y lo demostró, lo que puede la voluntad unánime del pueblo, señor uno y soberano. Hizo de tal día, ese mismo pueblo, un símbolo. Y tan hondo se enseñoreó en el espíritu de los franceses tal sentimiento, que hasta el mismo Luis XVI, festejó el 14 de julio, considerándolo como el día de su Patria. Y así quedó, perenne, aquella fecha como día de la Francia eterna: al pueblo francés cupo, entonces, demostrar al mundo que su concepto de libertad era superior, dentro de sus sentimientos patrios, en riqueza, que el de otro regio tesoro cualquiera. La libertad, para ese pueblo, ennobleció su vida en forma suprema porque, en su concepto, ninguna otra posesión de las que traen el contentamiento a la existencia humana, lograba, ni con mucho, igualar, menos superar, a la libertad del hombre.

En América, por la boca de un cura egregio, habló en un momento pleno de sublimidad el alma mexicana: Miguel Hidalgo y Costilla fue el vocero que interpretó el Verbo de la Nación azteca. Sucedió que en un 16 de septiembre de 1810, en el pueblecito de Dolores, en Guanajuato, el cura Hidalgo, una vez que terminara la misa celebrada en la madrugada de aquel día, misa que, entre paréntesis, fue oficiada ante sólo unos pocos feligreses. Hidalgo, en presencia de los mismos, proclamó la independencia de México. Y luego, tomó el estandarte de la Virgen de Guadalupe e hizo que fuera venerada como sacra Bandera Nacional. ¿Consolidó el país de Juárez su independencia ese mismo día? No. Hidalgo caminó, santificado por el martirio y la abnegación, hacia su Calvario. En efecto, poco tiempo después era fusilado, su santa cabeza soñadora era ultrajada y puesta sobre una pica infamante. Pero los destinos patrios, ya habían señalado a otro cura no menos glorioso que Hidalgo, nos referimos al cura Morelos, (de la milicia humana y a la vez de la alba milicia de Cristo, tan distinguido por sus grandes ejecutorias que de esa carrera ostentaba, para que el mismo Napoleón dijera de él: «con diez generales como Morelos me adueñaría del mundo»), e hizo que fuera él quien volviera a tomar el estandarte de Guadalupe, y de México por ende, Morelos continuó la lucha, mientras Hidalgo pierde su vida en la contienda. El ejemplo de este último sólo fué nuevo acicate má que estimulara a Morelos a fin de ser el conductor de los mexicanos hacia la conquista de su independencia.

Ahora bien, como es de todos sabido, México celebra el aniversario de su emancipación, el 16 de septiembre de cada año, en homenaje de aquel otro 16 de septiembre, día en que Hidalgo la proclamó: los mexicanos, no celebran la de mayo de 1821, fecha que marca la consolidación de la misma, cuando Iturbide firma el plan de Iguala.

Centro América, debería celebrar, por razones análogas a las que México profesa entrañable afecto, al 5 de noviembre de 1811; debería celebrar ese 5 de noviembre por la causa simbólica que aduce Francia, de su parte, para celebrar su inmortal 14 de julio.

II

Estamos viendo al Estado de El Salvador en ascenso progresivo, luchando tenaz, palmo a palmo en el campo de batalla por cuya victoria podrá darle a Centro América el nobilísimo concepto que Istmania debe merecer como nación fuerte, y digna de respeto, ante el concierto de naciones civilizadas del mundo (esta conquista es una de las glorias de mayor esplendor poseídas por el país salvadoreño; y es que de la misma suerte que lucha el hombre por afianzarse la vida, después de los meses de gestación intra-uterina, entre las poblaciones el caso es similar; en su consecuencia, con verdad puede decirse que el 5 de noviembre de 1811, fija en el calendario el nacimiento de la nacionalidad recién llegada a la vida, la que, en adelante, vive los momentos trascendentales que consolidaron su existencia); los salvadoreños lograron al cabo el triunfo mediante labores y luchas suyas por obtener el idéntico concepto que se merecen, ante el juicio universal, las cinco parcelas de Centro América, por su origen, idioma, etc. Este país, que en vez de ignorarlo se halla compenetrado, a conciencia, de ser con los demás del istmo centroamericano una sola entidad, por ese origen e idioma antes dichos, y por toda suerte de parentescos también, a cuyo armónico acuerdo, los vínculos se fortalecen, quiso reunir las cinco fuerzas dispersas en un sólo conjunto, en una sola potencia. Así se establece —primera piedra de la estructura de esta potencia, de proporciones respetables— esto es, de la nacionalidad. Palpitante corazón centroamericano, el Estado salvadoreño, no interrumpió, —como nunca podrá hacerlo—, su marcha constructora de una añorada e ideal nación istmeña; garantiza ese porvenir venturoso su propio robustecimiento come entidad republicano—democrática, a manera de buena suerte traída por un feliz augurio a la América del Centro.

A los intereses de la humanidad toda colabora El Salvador, con su constante aspirar hacia una Centro América como la que ha idealizado: recia, segura, libre de intromisiones, respetada, culta, nueva servidora al servicio de la observancia y conservación de la paz en la humanidad. Su anhelo, orientado en ese sentido, posee formidable y relevante contorno que a nadie se oculta, porque es magna epopeya de patéticos, sostenidos sacrificios, perennemente sustentados. En razón

de ello, los países del viejo y del nuevo Mundo, en consenso unánime, acuerdan calificar al país salvadoreño, como al gestor más activo del acontecimiento trascendental: unir Centro América. En esa moderna obra de historia, del español Ballesteros Gaibrois, se leen estas honrosas, verídicas y elocuentes líneas para enseñanzas de las naciones amantes de su historia: «los salvadoreños, especialmente eran opuestos a la anexión a México, y la mantuvieron por las armas su oposición...» Los Movimientos Iniciales. (Este es el título que da el autor al estudio del asunto). Fué, como en otros lugares donde la oposición española era aún fuerte, la sublevación constitucionalista, resultante del pronunciamiento del Riego en 1820, la que produjo la que las armas no habían concedido. Desde 1811, patriotas como Delgado habían intentado seguir el ejemplo de otros países, pero la energía de los jefes españoles, como Bustamante, don Carlos Urrutia y Gaínza, lo habían evitado».

Luego del 15 de septiembre, San Salvador es Atalaya y vigilante, siempre alerta, que vela solícito, para mantener la independencia que, para Centroamérica, tanto le ha costado conquistar. Iturbide que logró que toda la región istmeña se anexara a su imperio, no pudo con San Salvador. Por él, mandó sus ejércitos que, de ahí a poco, entablaron lucha a muerte con los patriotas salvadoreños; los cuscatlecos regaron con su sangre la tierra natal, tal vez flaquearan ante la brutalidad, pero ennoblecieron, y el desinterés de sus sacrificios despertó la emulación de los demás, paradigmático es su esfuerzo, como el de Hidalgo, quien sirve de inspiración a Morelos, lo que, por su parte, facilitó a los patriotas mexicanos sacudirse la tiranía de un imperio espúreo, independizarse en fin.

He aquí por qué, Francisco Gavidia, inspirado en sacro fervor patriótico dice estas frases inolvidables: «A San Salvador y al padre Delgado le deben México y Centro América su forma republicana de Gobierno».

Alborea la Federación y San Salvador conduce a Centroamérica. Admirable es su adhesión al régimen federal. Por eso, cuando las circunstancias le llevan a separarse del partido, en el Decreto respectivo, por tal virtud, se especifica que TEMPORANEAMENTE, no DEFINITIVAMENTE se sustrae del mismo. Cuando de nuevo se presenta propicia la ocasión, acto continuo, se lía a la Federación, y a ella dedica todo lo que tiene y todo cuanto puede. Morazán, unionista convencido por antonomasia, tuvo el acierto de comprender al pueblo de San Salvador, de entender su fervor religioso y dedicado a la Patria única. Y desde entonces no puede menos que amarlo. Es él, entre todos los pueblos centroamericanos, al que más ama. Hombre al fin, el paladín tuvo sus debilidades y cometió yerros, su gallarda figura heroica queda impecable porque a Centroamérica amó con amor entrañable, y particularmente a San Salvador. El sansalvadoreño, de su parte, le co-

respondió como suele hacerlo. Acompañó al caudillo en sus campañas, hizo suyos sus dolores y celebró sus alegrías. Este afecto que sólo «la Tierra de Preceas» sabe inspirar se adueñó —amable tiranía del afecto— de todas las parcelas del Istmo: con la misma solicitud que a Morazán fue la ciudad de San Salvador lugar predilecto de sus ensoñaciones (Nicolás Raoul que hizo un paralelo entre Napoleón y Morazán que salió el segundo, según este juicio, mejor calificado que el otro, olvidósele hablar de la semejanza entre ambos en dedicarle a un solar determinado preferente amor. Del gran Corso era París la ciudad suya más querida, tanto es así que a tiempo de ocurrir el desastre de Rusia su mayor preocupación se transparentaba en esta pregunta a cada rato repetida por él: «¿Qué dice París?»). En San Salvador, la ciudad predilecta para su corazón, volver a ella fue voluntad de él, para dormir en su suelo eternamente. Y así fué.

De acuerdo con lo dicho, vemos que es El Salvador el Estado que se sustrae el último Pacto; y desde el año del suceso, hasta los días contemporáneos, contados son los gobernantes salvadoreños que no se hayan esforzado por traer la Unidad —ese anhelo inmenso donde sólo tiene cabida la emoción de sublime jerarquía imponderable: como que el Supremo Hacedor posee El sólo el atributo de ser Único, ideal éste.

III

Contrastando con el aldeanismo anacrónico y demagogia istmeñas opuestas siempre al Pacto Federal, dispuestas, en cambio, para romper en cuanta ocasión la considere oportuna luce el pensamiento y el sentimiento de los más grandes hombres de la gesta americana, el que siempre fue favorable, propiciador, a que se integrara como bella realidad la Federación. Y entre estas figuras a que aludimos, destácase, en primer lugar, la del libertador Simón Bolívar. Conviene hacer notar la videncia, el don profético del que por esta razón es bien llamado el Visionario Simón y a este particular respecto, pues, como hace notar el autor de «Bolívar y San Martín» es muy significativa la observación que sobre la carta, dirigida por el Libertador al doctor Peñalver, hace: «Estúdiese bien este documento y se verá, aparte de las frases de simple adorno retórico cómo se presenta el hombre de Estado al enunciar el problema político de la revolución, y cómo resalta la lucha que establece en su mente, entre el viejo sistema monárquico, cuyos defensores batallan a diario para mantenerlo, y la nuevas ideas republicanas que vienen abriéndose paso desde los días de la emancipación de las colonias de Norte América. ¡Vedlo cómo se asusta ante la perspectiva del estrago que en la sociedad van a ser los furiosos, los demagogos! La carta del Libertador va dirigida al doctor Peñalver —Cuenca de 1822— en estos términos:

«El general San Martín vino a verme a Guayaquil, y me pareció lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de

él, como Francisco Ribas (Francisco Ribas Galindo), Juancho Castillo (Juan Paz del Castillo) y otros. Yo he mandado dos mil quinientos hombres de Colombia al Perú, y han llegado y deben entrar en campaña. No siendo adivino, no sé cuál será el resultado de esta lucha, porque las fuerzas son relativamente iguales. Pienso quedarme en el Sud hasta la decisión de la suerte del Perú, porque en caso fatal tenemos que hacer esfuerzos inauditos para terminar la guerra por esta parte».

«Chile ha instalado ya su Congreso, Lima habrá hecho lo mismo: los gobiernos de estos dos Estados son realistas, y los pueblos republicanos: así que hay una lucha cruel y quien sabe si injusta por parte de los jefes. Iturbide ya sabrá usted que se hizo emperador por la gracia de Pío primero sargento, sin duda será muy buen emperador: su imperio será muy grande y muy dichoso porque sus derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: el primero que fué rey fue un soldado feliz, aludiendo, sin duda, al buen Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona y que todos la adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue en la opinión. Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y...; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados por la pólvora moderna, y que las mechas encendidas las tienen los furiosos que poco caso hacen de los estragos». Proféticas palabras las del visionario Simón».

Además, si los reinos estaban de capa caída, en el ex-reino de Guatemala, en cambio, no faltaron pretendientes a convertirlo en «marquesado» o «condado». En rechazo de semejantes bastardas ambiciones, se opuso San Salvador resuelta y empeñosamente. A demagogias y ambiciones respondió con su réplica edificante y constructora, re-constructora mejor dicho. Así se levantó, fuerte e impecable, el edificio estatal, la institución o entidad del Estado de El Salvador. Obreros que cooperaron en tal faena —y el hecho es significativo— son los próceres de San Salvador, autores del 5 de noviembre, los autores del 15 de septiembre, del Congreso de 1823, destacándose del cuadro de personalidades augustas la prócera de, Antonio José Cañas, que también dió venerablerealce a la del 41.

IV

Antes de estudiar, con alguna brevedad, el benemérito Estatuto Legal emitido por la Constituyente de 1841, queremos recordar que fue en 1824, a mediados de este año, cuando el Estado de El Salvador, tuvo su primera Constitución Política. Ya hablamos con algún detenimiento de la última, de la de 1824, de la que ahora, en esta mirada retrospectiva que ella sólo por una vez más nos place aludir, a favor del

Decreto de la misma por el cual, todo hombre, en El Salvador, es libre, libertad que involucra al par, el hecho de no poder traficar con esclavos, ni desde el momento de entrada al territorio salvadoreño, ser sometido a esclavitud.

Ahora, de la esclarecida Asamblea Constituyente de 1841 —época que debería llamarse del restablecimiento social republicano— en primer lugar, es muy significativo decir que ella no sufrió mientras estuvo al frente del Ejecutivo ese Estadista, honesto y competente de Antonio José Cañas, obstáculos en la específica tarea cuya realización le competía. El Reglamento patrio se elaboró, en consecuencia, sin que la torpe intromisión ni la amenaza de otros congresos, amenaza que era como espada de Damocles suspendida sobre los mismos, experimentar menoscabo alguno. Por el contrario, disfrutó las facilidades y estímulos y en consecuencia, la Legislativa trabajó empeñosamente dándole al país sus creaciones en obras de la alta jerarquía a que pertenecen éstas: El Colegio «La Asunción», la Universidad Nacional y la Constitución Política del año citado.

Pero debemos consignar que la Jefatura del Estado había ratificado el importantísimo Decreto que reza: «El Estado de El Salvador se considera como preexistente a todo Pacto», y a cuyo tenor léese al final del mismo: «El Estado de El Salvador reconoce la independencia y libertad de todos y cada uno de los Estados, sus consocios, y no aceptará ni consentirá se turbe en manera alguna con tal de que por su parte conserven la debida reciprocidad».

Y aquel año de gracia debe recordarse porque, durante ese tiempo, hasta el más apartado y humilde rinconcito del territorio salvadoreño, llegó la solicitud cariñosa, afecta y colmada de buenas intenciones, de aquellos hombres de San Salvador que son las figuras próceres de Centro América. En efecto, fue por sus gestiones que se emitió la orden, en cuya obediencia se dota con sus escuelas de primeras letras a todo lugar que cuente con 150 habitantes por lo menos. Aquel Congreso infatigable, dictó su Estatuto de bondad; a poco facultó al Ejecutivo al objeto que trabaje en el ánimo de los centroamericanos todos, y sus gobiernos respectivos, a fin de reunirse en una Convención Representativa de los cinco Estados, dedicada a solucionar los complejos asuntos del Istmo.

La Asamblea acuerda, de otra parte, restablecer la Corte Suprema de Justicia.

La segunda Constitución Política que se otorga al Estado de El Salvador, la Asamblea del 41 presenta, entre otros acuerdos, el que establece por término de dos años la duración del período presidencial, y además, emite la Ley Reglamentaria de Elecciones.

A ella que tanto contribuyó a la creación de nuestra Soberanía Nacional, debemos rememorar con veneración: honor a su ejemplar actividad.

Señaló la ruta, el sendero conducente hacia la perfección republicana. Si se interpreta el espíritu que del Mandato de su Cuerpo legal se deriva, —observando escrupulosamente el alma de aquella Constitución— los buenos salvadoreños pudieron entonces modelar cada vez más fuerte, sabia y bella, ideal que se alcanzará cuando la democracia, en su proceso evolutivo procure el bienestar de los salvadoreños desde el encumbrado hasta el humilde y pobre económicamente. Es así, repetimos, cómo la del 41 contribuyó a la creación de la nacionalidad salvadoreña.

V

Dada la índole elemental que procuramos dar a estos escritos, para que así estén al alcance de muchos compatriotas, no intercalamos la noticia de otras constituciones, emitidas entre las del 41 y la del año de 1886, salvedad sea hecha de la suscita noticia que daremos sobre la de este último año. Y es que la Constitución de 1886, es clásica Carta Fundamental y colaboradora por ende, perfeccionadora de la tarea de las anteriores, en particular de la de 1841. Merece el calificativo de clásica, tanto desde el punto de vista de las doctrinas que la inspiraron, los códigos de aquellas naciones europeas y americanas que son las fuentes de inspiración y de consulta de quienes la promulgaron (y mucho tiempo después otros han tenido que estudiarlos) como también es clásica porque sus arquitectos son aquellos diputados que en 1886, al legar esa Carta Fundamental, quedaron como ejemplo perenne, como paradigma de honestidad de los salvadoreños en general, y de los que como representantes del pueblo en todas las Asambleas Legislativas sucedidas desde entonces, en ellos —en su conducta— les es dable admirar la pulcritud, la hombría de bien, su verdadero cariño, dedicado a El Salvador, por varones que durante el año en mención dieron al país la ofrenda de su espiritualidad.

Para mientras, en próximos artículos, se hace la cita de las transformaciones que la Carta Fundamental de los salvadoreños ha experimentado desde entonces, no queremos terminar el presente, sin enunciar siquiera un demostrativo esfuerzo hecho por El Salvador con miras de construir la otrora Federación de Centro América, visible el esfuerzo en cuestión en el artículo 8 de la Constitución de 1950, que a la letra dice: «Siendo El Salvador una parte de la Nación Centroamericana, está obligada a propiciar la reconstrucción parcial o total de la República de Centro América. El Poder Ejecutivo con aprobación del Legislativo, podrá realizarla en forma Federal o Unitaria, sin necesidad de autorización o ratificación de una Asamblea Constituyente, siempre que se respeten los principios republicanos y democráticos en el nuevo estado, y que se garanticen plenamente los derechos esenciales de los individuos y de las asociaciones».

ARTE Y ARTISTAS

Por el Dr. Manuel Zúniga Idiáquez

(De la Comisión de Arte)

La circunstancia de figurar en la Comisión de Arte del Ateneo de El Salvador y la de hacerse un uso inmoderado, inconsulto de los términos que encabezan estas líneas, nos mueven a escribir el presente artículo, en el deseo de hacer alguna luz sobre el particular, enderezando los conceptos hasta donde fuere posible.

Conste que eso de hablar de arte y artistas a troche y moche no es cosa sólo de nosotros, ni de

nuestros días, sino que en virtud de las dificultades encontradas para definir con propiedad, con exactitud lo que es el arte y formular un concepto también acertado de la significación de dicha palabra, se le ha aplicado a los más variados asuntos, corriéndole parejas el vocablo artista, con que se han llegado a designar las más diversas e insignificantes actividades o habilidades humanas.

Fuerza es, por consiguiente,

Al igual de quienes sirvieron a El Salvador, como altos funcionarios, desde la encumbrada posición que disfrutaron económica, social, políticamente, otros cuscatlecos debemos admirar porque su adhesión al país, constructora y benéfica, es tan importante como pudo serlo la de los primeros. Así nos lo dice el recto pensar, nos lo dicta nuestra conciencia, y nos establece la filosofía de la historia. Porque si los grandes conductores humanos hubiesen contado, en vez del elemento honrado y capaz, otro distinto, inepto e ignorante, jamás habría podido darle cima a sus empresas de admirable envergadura. Y es por eso, que aquí debemos mencionar al soldado, al maestro de escuela, al cientista, al artesano y al labriego... sin olvidar al que, entre todos, es el vidente y el creador por excelencia: al poeta. Con todo y su inmenso poder creativo, nada valdría porque para nada serviría el titánico esfuerzo del conjunto sin la ayuda e inspiración de las ternuras, de los sacrificios, del encantamiento que emana la compañera desinteresada por antonomasia que es la mujer salvadoreña; porque su abnegación tradicional, es algo palpitante y que trasciende las conciencias de todos; sin su abnegación, ni ayer ni hoy ni en el futuro se logró ni se logrará ninguna realización en este país. Contemplemos, para dar un ejemplo, de todos fácilmente comprensible el que, en el presente, la compañera del hogar humilde más que en ningún otro, da: ya colaborando y muchas veces sustituyendo el trabajo que el hombre debería de cumplir. Y eso sin hablar de la mujer cuando es ella quien, en la casuca, el mesón, el tugurio, lleva la carga a cuyo esfuerzo pueden vivir los hijos y el marido vicioso, por elocuente que es en sí mismo tal asunto, huelgan ahora las palabras, los comentarios...

que nos limitemos a una sola época, la actual, desde luego, ya que las antiguas denominaciones eran «tan vagas que casi todos los intentos por definir las llevaban a conclusiones contradictorias y a menudo diametralmente opuestas en relación con las más restringidas y puramente estéticas interpretaciones como son las adoptadas por los modernos pensadores».

«¿Qué es el Arte?» Nunca se sabe a ciencia cierta cuándo, dónde o cómo terminará la discusión».

«Sólo admito dos divisiones en el arte: «arte bueno» y «arte malo». Igual que alguien ha dicho: «Un libro nunca es moral o inmoral. Está bien o mal escrito: eso es todo».

Algunos aficionados quisieron que el famoso pintor Manet les revelara los secretos íntimos del arte, a lo cual les respondió sin vacilar: «Es muy sencillo: si sale, sale; si no sale, hay que volver a empezar. Todo lo demás son fantasías».

Para muchos sigue siendo el arte «la destreza y habilidad adquiridas a fuerza de práctica paciente, dirigida a un fin determinado, ya fuere estético, ético o útil». De aquí la división de bellas artes, artes de la conducta y liberales o sean las concernientes a lo bello, a lo bueno y a lo útil.

En el concepto moderno el término de arte abarca sólo el estetismo, es decir, las Bellas Artes; «pero en un sentido figurado se llama así a todo género de actividades, tales como la cocina, la caza, la vida, la guerra, etc., aunque

ninguna pueda incluirse en los grupos de las verdaderas artes estéticas, como la pintura y la arquitectura o las dinámicas, como la música, la poesía y el drama».

«Respecto a las teorías estéticas, tan populares en nuestros días, no creo que muchos de los artistas realmente buenos se hayan preocupado nunca de ellas».

«...La falacia de la noción popular de identificar el arte con las representaciones de la naturaleza; o lo bello en la naturaleza. «El arte no es la *representación*, sino la *interpretación*; y no es mucho decir que el arte principiará ahí donde el artista se separe de la estricta imitación de la naturaleza, imponiéndole el ritmo de su propia creación, de acuerdo con su propio sentido de adaptación».

«La Naturaleza es la fuente inextinguible de inspiración para el artista; pero las leyes que gobiernan la obra de arte son totalmente independientes de las leyes de la naturaleza».

«Beethoven se sirvió admirablemente de los sonidos de la naturaleza para componer la obra maestra llamada *Sinfonía Patética*, pero tuvo buen cuidado de no copiarlos, sino expresando las emociones que surgieron en él con la íntima comunión con la naturaleza, en términos de un ritmo abstracto que le fuera dictado por su inspiración y controlado por aquella maestría perfecta, esencial a la creación de toda obra de arte».

Nada más preciso para contrarrestar las críticas de quienes pretenden estimar la influencia de

la naturaleza como contraria al verdadero concepto de Arte: que si en la copia *servil* cabe estimar sólo la *habilidad*, en la *interpretación* se manifiesta en grados crecientes la verdadera capacidad artística, mientras la obra puramente *imaginativa* difícilmente llega, si a caso, a merecer el calificativo de obra de Arte».

«La función del Arte consiste en la creación de belleza». «Fuera del Arte no hay belleza» o mejor dicho, «no hay belleza que no haya sido revelada por el Arte».

«Nada hay bello ni feo en la naturaleza, porque la belleza y la fealdad no son atributos positivos de la materia, sino que la materia es investida con esos atributos por las reacciones emocionales del artista producidas por algún estímulo exterior». «El impulso emocional es indispensable a toda expresión artística». (Tolstoy).

«La belleza se resuelve así por sí misma en una emoción estética objetivada. El artista tiene el poder de hacer visible o audible esta emoción a los demás y de hacerles compartir su placentera excitación».

«Llegamos a ser conocedores de la belleza y adquirimos el hábito de trasladarla de la obra de Arte al aspecto de la naturaleza que ha sido su inspiración. Aprendemos a ver belleza en un árbol, en una montaña y aun en cosas que, antes de que el artista nos abriera los ojos, nos dejaban fríos y hasta nos repelían».

«Una vieja bruja, desdentada, se vuelve bella bajo las mágicas

pinceladas de Rembrandt, porque él vio su objeto emocionalmente y nos enseñó a nosotros a verlo de la misma manera».

Lo contrario exactamente de lo que sucede con las múltiples denominaciones de *arte moderno*, en que de tal manera se reniega de la inspiración insuperable de la naturaleza, que es imposible encontrar algo merecedor del calificativo de bello, sean cuales fueren las ejecutorias del autor,

«Que lo bello no es un atributo de la naturaleza sino del Arte o de la mente del artista, apenas si necesita demostración. Si no fuera así, constituiría un valor inmutable, no sujeto a fluctuaciones. Sin embargo, no sólo cambia el ideal de belleza con las sucesivas generaciones, sino que varía con las razas y con los individuos. Solamente son los valores de belleza fundamentados por el Arte los que tienen permanencia y su apreciación es ampliamente una materia de educación artística».

«Lo bello, aunque sea la aspiración del Arte, tiene que ser eliminado en cualquier definición plausible y aceptable del mismo. Para encontrar tal definición es necesario trazar la común denominación de las manifestaciones infinitamente variadas de la actividad humana que caen legítimamente bajo la designación de Arte, la peculiar característica que distingue el trabajo del Arte, tanto del producido por las fuerzas naturales como la actividad puramente industrial».

«El grado de poder expresivo adquirido por el dominio de

la maestría; la mayor o menor intensidad del impulso emocional y las privaciones en la habilidad para ajustar las relaciones rítmicas de líneas, colores, formas, sonidos y palabras, distingue las obras maestras de la producción artística inferior. Esta es la razón por la cual de Vinci, Miguel Ángel y Rembrandt siguen siendo maestros supremos de todos los tiempos, mientras los imitadores, a pesar de toda su habilidad ejecutiva, se ven relegados a una posición comparativamente insignificante en la jerarquía del Arte:

«La maestría es ayudante del Arte, aunque la mente popular la confunde a menudo con el Arte mismo. Año con año se producen innumerables cuadros por pintores dotados de cierta habilidad técnica, pero a quienes les falta el poder de expresión, porque nada tienen que expresar: copias del natural como pueden ser, cuidadosas o descuidadas, pero carentes de los tres elementos del Arte: emoción, expresión y ritmo. Tales cuadros no tienen más derecho que a ser reconocidos como obras de Arte que las hileras de casas de ladrillo mal proporcionadas de los barrios obreros de las modernas ciudades manufactureras a reclamar que se las considere como ejemplos de arte arquitectónico».

«La función del Arte es casi tan difícil de definir como su significado. El principal propósito del Arte consiste en dar placer: de ahí el carácter inmaterial y no utilitario del Arte». Tal es la razón por la cual el Arte es tomado

por muchos como un lujo inútil, para gentes frívolas. Desde un punto de vista puramente materialista el Arte es ciertamente inútil, por cuanto nada produce que sea de naturaleza estrictamente utilitaria».

«Sin embargo, el Arte es y siempre ha sido una necesidad indispensable para la humanidad. Está implantado en el alma del niño igual que en la del hombre primitivo. Es tan necesario como el lenguaje articulado; es indispensable para la civilización. Es el Arte de cada raza el que nos da su civilización, sus distintos caracteres y ritmo. Refleja, si no su condición actual, la completa manera de vivir de una nación o período. La vida y el Arte se hallan estrechamente, inseparablemente entrelazadas; pero la vida pasa —la vida de los individuos y la de las naciones— mas el Arte permanece. Es lo único permanente; y nuestro conocimiento del pasado, de las civilizaciones que han florecido y desaparecido, se derivan casi por entero de las fragmentarias reliquias de su Arte. La Historia llega a ser como una realidad viviente para nosotros a través del Arte: sin él sería letra muerta».

«Sobre todo, el Arte atrae puros placeres a la vida más humilde. Es una fuente de exaltación que nos eleva por sobre las sórdidas realidades de la existencia cotidiana. Sin el Arte la vida sería intolerable, inconcebible. La imaginación humana requiere alimento imperiosamente como el cuerpo humano; y el Arte es la

fuente inextinguible de donde saca su sustento la imaginación».

Esta noción irrefutable nos hace sentir infinita pena al oír a representativos de la clase dirigente jactarse de su ignorancia supina en cuestiones de Arte y del consiguiente menosprecio que de ellas hacen, sin sospechar siquiera el mal predicado en que se ponen cuando personas cultas de verdad llegan a darse cuenta de ese vacío incalificable en que viven.

«El Arte es universal; pero esto no quiere decir que constituya un lenguaje que todos comprendan en cualquier parte del mundo, sino que no es patrimonio de uno sólo o de algunos pueblos, pero sí de todos. La pintura china, por ejemplo, es tan perfecta e interesante en todos sus aspectos como la nuestra, cuando no superior».

«El Arte tampoco está ligado a ningún período especial de tiempo, porque es tan viejo como la raza humana y constituye una parte integrante del hombre, como los ojos o los oídos o como el hambre y la sed. Hemos descubierto numerosos grupos de indígenas carentes de toda concepción religiosa; pero jamás hemos tropezado con una raza que estuviera desprovista completamente de alguna forma de expresión artística.

«En general sería mejor para el futuro del mundo, cuando menos en lo que se refiere a la música, si los padres hicieran oír a sus hijos algunos discos de verdadero interés todos los días de la sema-

na, en lugar de arrastrarlos semanalmente a un concierto sinfónico, que en realidad nada significará para ellos, sino una velada incómoda y aburrida y una forzada ausencia de las deliciosas vulgaridades y sentimentalismos de la radio».

Indudablemente no se sabe aprovechar el gran poder educativo que tienen los discos bien seleccionados, con los cuales hay la ventaja de poder combinar programas magníficos, así como la radio ofrece incontables posibilidades cuando se la aplique con un poder orientador bien dirigido.

Tanto es así que se ha demostrado cómo los niños pequeños a quienes se les haga dormir al arrullo de la música, se despertarán al siguiente día con un carácter en armonía con las piezas escogidas al respecto; y que aun criaturas muy tiernas saben darles las preferencias a las obras clásicas sobre las vulgares.

«¿Qué valor representa el Arte para la sociedad? Un francés o un italiano de los siglos XIII o XIV habrían movido la cabeza con extraordinaria perplejidad si alguno hubiera dudado francamente del afán de sentirse rodeado de cosas bellas; pero nunca hubiera concedido un sólo instante de atención a esos desagües, a esos alcantarillados; a esos procedimientos modernos de recogida de basuras, que desempeñan tan importante papel en nuestras vidas actuales. Y es que ellos habían sido acostumbrados, por el medio ambiente en que vivían, a aceptar los olores desagradables y

las incomodidades como una parte inevitable de la existencia. Mientras todos nuestros esfuerzos de mejoramiento social sitúan la salud y la higiene a la cabeza de la lista de aquellas necesidades absolutas e imprescindibles en una norma de vida verdaderamente civilizada; y que nuestras gentes actuales, en cambio, no parecen darse cuenta de la fealdad, la vulgaridad y el ruido que les rodea por doquier en tantas de nuestras ciudades modernas»,

«Cuando Lao—Kung, el gran Maestro chino se hallaba próximo morir, fue rodeado por sus devotos discípulos y les dijo: «Estos pinceles y estas pinturas han sido mis compañeros invariables y mis fieles hermanos a través de tan largos años. Justo es que me halle entre ellos cuando me llegue la hora de partir».

Uno de aquellos le preguntó: «Maestro, nuestro amado Maestro: todos los días de tu vida has trabajado como un esclavo, desde la aurora al ocaso del último sol. Diste a la humanidad a manos llenas y ella ha tomado tranquilamente cuanto le has ofrecido, pero ha pasado de largo, sin preocuparse por tu suerte. Y ahora te preguntamos: ¿Era necesario, en realidad, este gran sacrificio?»

El anciano contestó con rostro radiante, como de un conquistador en el momento de su mejor triunfo:

«Ha sido más que justo y la recompensa ha sobrepasado largamente mis mayores esperanzas. Lo que decía es cierto: no tengo pa-

rientes, ni amigos; he empleado cerca de 100 años en vivir sobre la tierra. A menudo pasé hambre y más de una vez me hubiera hallado sin ropa y sin amparo si no hubiera sido por la bondad de mis amigos. Renuncié a toda esperanza de medro personal para poder dedicarme mejor a mi labor. Volví deliberadamente la espalda a cuanto pudo haber sido mío con sólo haber querido hacer que se enfrentaran la astucia con la astucia y la avaricia con la avaricia; pero, atendiendo la voz interior que me instaba a seguir mi senda solitaria he logrado el más alto fin a que pueda aspirar cualquiera de nosotros».

El Arte es un perenne sacrificio, sin el cual no puede subsistir. He aquí una de las múltiples razones porque escasean tanto los verdaderos artistas, pues el mezquino interés constituye el móvil preferente de las acciones humanas y son pocas las almas nobles que se avienen a consagrarse con fe y ardor al cultivo del arte en cualquiera de sus manifestaciones más elevadas, dignas de que les dediquemos la existencia entera.

No podemos tomar en consideración esas teorías que pretenden acoplar de una u otra manera el Arte a las masas. El verdadero artista es casi siempre, invariablemente, un individuo muy solitario y, como todos los solitarios, —con tal que tenga fuerza suficiente para sobrevivir a su soledad espiritual,— insistirá en mantener su propia integridad como su bien más preciado. En épocas pretéritas hubiéramos llama-

do' aristócratas a esta clase de hombres; hoy no nos preocupamos por encontrarles un nombre cualquiera, ¡Quedan tan pocos!»

Y esos pocos tienen que ser víctimas propiciatorias de la incompreensión, de la ignorancia y la incultura ambientes, muy dispuestas a vengar su inferioridad colmándoles de improperios, de los más denigrantes calificativos, de calumnias, en vez de señalarles como personas dignas de la más alta estimación de sus contemporáneos.

La verdad es que un artista corriente, lo mismo que el genio que reúne cualidades excepcionales, es en el fondo un sér como los demás. Lo que sucede es que ha nacido con un sistema nervioso especialmente constituido y por eso puede reaccionar con mucha mayor sensibilidad que la mayoría de sus vecinos ante el mundo que le rodea.

Y como quiera que esa sensibilidad desarrollada en grado superior viene a constituir como un sello también de superioridad, hay tendencias a no «perdonarle» tal ventaja, si así podemos llamarla, en vez de seguir sus huellas en cuanto tengan de accesibles al común de los mortales.

Ningún artista tiene derecho a situarse por encima de la ley; pero sí, como las demás gentes, tiene el de ser juzgado por un tribunal de sus iguales. Ésta es la regla que desde tiempo inmemorial ha seguido nuestra vida ciudadana. Asimismo debe ser observada dentro del terreno del arte».

Sin embargo, sobra quien se arrogue o usurpe tal derecho, aunque para ello cometa la más flagrante injusticia, fundándose en la ignara aprobación, en el aplauso de los inconscientes.

Los hindúes conservan un refrán que dice: «El hombre santo no deja el templo». El artista es en cierto modo ese *hombre santo*, en el sentido de un *hombre apartado*. Porque todo arte es esencialmente la experiencia de un sólo hombre y, por tanto, algo innatamente aislado y aristocrático».

En muy raras ocasiones se le pide al profano que nos haga el honor de opinar sobre el trabajo de un cirujano o de un ingeniero expertos: ¿por qué no hacer extensiva al artista idéntica cortesía, ya que se expresa de un modo tan absolutamente individual como el hombre que nos extrae el apéndice o como el que nos construye nuestros puentes o nuestros edificios metropolitanos?

Veamos este símil, el cual nos define con claridad meridiana la situación en que nos encontramos al respecto en la actualidad:

«Cada artista es, a su manera, una especie de aparato registrador». «Que su registro signifique algo para los demás no es cosa suya. Al ruiseñor y también al cuervo no les interesan nuestras opiniones. Hacen lo mejor que saben, esperando obtener la aprobación de algún otro *ruiseñor* o de algún otro *cuervo*. Cuando el *ruiseñor* tiene por espectadores los *cuervos* o viceversa, el resultado es muy deplorable.

Educación Sexual

**Conferencia pronunciada por el profesor
Gilberto Valencia Robleto, en el Instituto
Nacional «General Francisco Menéndez»**

(De la Comisión de Educación).

Señor Director:
Señores profesores:
Señores alumnos.

El doctor Manuel Vidal, compañero ateneísta desde hace años, amante de la cultura y cultivador del alma de vosotros, estando en el salón de sesiones del Ateneo, seleccionaba a compañeros que tomaran parte en el ciclo de conferencias que lleva a cabo el Instituto Nacional «General Francisco Menéndez», en la sección nocturna, a su digno cargo; y después de hablar con el doctor Napoleón Rodríguez Ruiz, a quien él le encareció un tema filosófico, se dirigió a este su amigo, sugiriéndome un tema biológico, y, para complacerle preparé este trabajo que se intitula «EDUCACION

SEXUAL», dedicado a vosotros: espero lo oigáis complacientemente, y, que de él, recojáis opimos frutos.

§ § §

La biología, dice Hbfffhing, debe presentarnos una idea de la vida que convenga a todos los grados, desde la función puramente orgánica de la nutrición en sus más simples formas, hasta las funciones más ideales del sentimiento o del pensamiento.

La biología es la ciencia de los organismos vivientes, comprendiendo la *morfológica*, o sean las formas exteriores e interiores de los organismos; la *fisiológica*, o sean las funciones normales; y las

Pero no tiene remedio».

En obsequio a la brevedad, hemos limitado nuestra labor personal casi sólo a la traducción y ordenación de cuanto antecede, tomando en cuenta además la calidad y validez de los originales y sin tener ni siquiera la más leve tentación de apropiarnos lo ajeno. Sin embargo, abrigamos la esperanza de haber cumplido con nues-

tro designio inicial, cual es el de hacer luz en la justa apreciación de los dos términos mencionados como título: «ARTE Y ARTISTAS».

San Salvador: febrero de 1954.

Referencias:

Enciclopedia Británica (1947)
Arts.—H.W. Van Loon (1953)

patológicas, o sean las alteraciones del funcionamiento vital. En este sentido la biología abarca la ciencia general de los fenómenos vitales comunes a los vivientes, o filosofía de la vida, que comprende los principios y leyes que gobiernan la génesis y la evolución de la vida orgánica, individual y específica.

Los problemas más importantes de la biología filosófica estriban de la naturaleza, en el origen de la vida, en la generación de los organismos, en la evolución ontogénica y específica, en la determinación de los caracteres específicos, en la finalidad, en la herencia, en la selección, en la adaptación, etc. Nos veremos precisados a tratar algunos de estos problemas someramente, al abordar el importante tema, «Educación Sexual».

Spencer, con el nombre de biología, designa una ciencia universal, especie de metafísica de la vida, que comprende grados y formas de vida, orgánica, psicológica, intelectual, moral, social; comprende todas las manifestaciones de la vida humana, ciencia, arte, moralidad, religión, derecho, o sea el *biologismo*.

Educación Sexual. La educación se propone hacer hombres antes que sabios, que piensen rectamente para vivir moralmente; que la inteligencia, como todas las actividades humanas, se hallan subordinadas al fin moral que unifica la vida.

Educación Sexual, tiende a la formación moral, dirigiendo la voluntad y el corazón, depurando

y elevando los sentimientos, pero esto lo aplicaremos a la vida sexual, o sea a lo peculiar y característico del sexo, lo que forma a tal y cómo ha de ser para lograr el bien social.

Nuestra juventud necesita muchos conocimientos de estos problemas. Es por esto que pido se funde la *Cátedra del Amor Moral*, en mi obra inédita «Nuevas Orientaciones del Estado Social».

Actualmente, la juventud camina sin saber a dónde va, y es la educación la que debe tender al desarrollo integral y armónico del niño, del alma y del cuerpo, a fin de preparar hombres aptos para las luchas de la vida y el cumplimiento de sus destinos, y, sobre todo, hombres morales que pongan por encima de todo, EL DEBER Y LA VIRTUD.

§ § §

El amor y la sexualidad es digno de estudio en el arte y en la ciencia.

Encontramos en el sentimiento y en el pensamiento, ecos y tributos en las luchas apasionadas, en las escenas crueles de sangre, en los crímenes amorosos, en las torturas del alma, en las venganzas crueles, en las turbaciones del ánimo y en los placeres de la carne.

Nutrir para crear; así se conserva la especie, que es trasbordamiento de la fuerza, es la floración, es la fructificación de la vida.

El hombre sufre trastornos en la sexualidad debido a las con-

tingencias sociales, a la formación moral del hombre, a los sentimientos religiosos, al engranaje social, a los lucros, por la constitución de la familia, los deberes, la educación que es la parte sombría de la vida, las degeneraciones, las brutalidades de la suerte, las desdichas, las obligaciones de la lucha por el sostenimiento individual en el medio colectivo. la abundancia, la riqueza y las pasiones, las conveniencias y las castas sociales.

Hay que luchar en el estudio de los anhelos, suprimir abismos, crear deseos, interpretar instintos.

La humanidad, cual mariposa incansable, se quema en el fuego intenso que de los placeres emana; todo es debido a la ceguera, a la embriaguez, a la voluptuosidad morbosa que destroza almas y corazones, vidas y sociedades, y de donde resultan peligros que se originan en el propio plano de la vida y en su condición esencial.

Filósofos y biólogos dicen que amar es procrear, pero el hombre, cuando ama, no piensa en la creación, sino en el egoísmo sensorial, en el placer, en la convulsión de las moléculas nerviosas que le entorpecen y sacian. Allí tenemos el mal que alcanza a todos.

El placer sexual, epicúreo, ha creado la literatura universal: la poesía, la novela, la fábula, el teatro, la tragedia, la comedia, la luz, y el sueño de la existencia.

Antes de morir hemos amado.

Los artistas explotan el amor; y los sabios lo contemplan tími-

dos, algunas veces: severos en otras ocasiones.

Dios, creador, giró en torno del progreso, expresión sintética de las funciones biológicas. Estos conceptos, que parecen extraños y paradójicos, incumben a la filosofía moderna.

La función psicológica del hombre está muy ligada a la función sexual; y la vida afectiva, intelectual, deportiva, aventurera, combativa, morbosa o equilibrada encuentra su explicación psicológica en el instinto sexual que domina al hombre desde el nacimiento hasta la muerte, desde los triunfos sociales hasta la decadencia psíquica de los dementes.

El sueño equivale, habitualmente, al deseo de origen sexual; es la verdadera descarga benéfica de éste, y parece ser extravagante para el espíritu. Cuando el individuo sueña o tiene pesadilla, etc., efectúa movimientos espasmódicos, contracciones musculares, esfínteres.

El sueño es válvula de seguridad para las acumulaciones psíquicas de deseos inconscientes, según el maestro vienés Freud. El sueño parece inmoral, porque trae el recuerdo sexualista.

Los filósofos, biólogos, y clínicos, apenas analizan una de las llagas más dolorosas de la humanidad, porque como dice Forel, el problema del alcohol se corrige suprimiendo el veneno, como el del tabaco, pero no se puede prohibir o suprimir el instinto sexual, que es el instinto humano o animal por excelencia y no se puede emplear una moral exage-

rada o fastidiosa que habitualmente no se cumpliría.

Higienistas y eugenistas propagan doctrinas útiles para establecer equilibrio en tan importante facultad animal.

Noté en los Estados Unidos de Norte América, que se esfuerzan en propagandas enérgicas y convenientes para mejorar la vida genital de los jóvenes, de las muchachas y del pueblo en general. Lo que se busca es el perfeccionamiento de las especies.

Los males que se producen provienen de errores cometidos en la sexualidad y éstos son muchos: la sífilis, la gonococcia, los disturbios nerviosos, etc.

El hombre moderno cae en estos males terribles porque la naturaleza estableció el orgasmo, el placer genital, que es el lazo para la procreación, resultando la perpetuidad de la especie.

Los sueños de amor ponen en zozobra las almas de los estetas; y siendo varias las atracciones y sensualidades que el hombre cae con frecuencia; y la victoria de tal instinto es difícil, a veces depende del carácter enérgico o de la frialdad congénita de los sentidos.

Es el momento en que el moralista, el biólogo, el pedagogo debe salir al paso y ponerse frente al mal para aconsejar; insinuar sin escándalo ni severidad, porque las violencias de la ética no ponen coto a las artimañas del instinto, al contrario, azuzan el apetito por el fruto que sólo debe ser prohibido cuando esté envenenado por los desvíos de la

moral o de la salud.

Son los clínicos y los confesores quienes aprecian las angustias morales que producen en los nervios sufrimientos indescriptibles.

Son muchos los problemas médicos, higiénicos y éticos que surgen en cuanto a nuestro tema «Educación Sexual». Es por esto que debemos dar esta educación a los jóvenes y a las jóvenes.

La esfera moral y de acción del sexualismo es delicada y arraigada en el hombre.

Los temas sexuales no sólo deben tratarse en las familias, pues debemos referirnos de éstos en los establecimientos de enseñanza y en las clínicas.

Ya hay pedagogos que orientan el aprendizaje en estos problemas; buscan el camino más corto y práctico y lo alejan de las cosas pudendas y prohibidas.

El sentido biológico de la reproducción es como la aguja imanada. La atracción polar es irremediable. De esa fuerza psicoquímica, cuyo resultado es la atracción de dos núcleos celulares, brotan los elementos de que la naturaleza hecha mano para el proceso de la fecundidad, desde el simple contacto celular hasta la poesía del amor; la poesía, la filosofía, el arte en general, son metáforas del sentimiento, fruto del amor.

Todo efecto nace del instinto reproductor.

Pensemos en el arrullo de las palomas, en los gorjeos y cantos

de los pájaros; en la defensa de sus hijos por la leona; en la violencia de los ataques de cóndores y buitres, cuidando sus hijitos implumes; en el amor fraterno, paterno o materno, en todo lo que sea instinto protector; filósofos contemporáneos ven las transmutaciones del instinto sexual, ya por medio de la fuerza, como en las fieras y en las aves de rapiña, ya por el amor desinteresado del padre a las hijas y en la protección materna a los retoños, o bien en la sublimación del misticismo.

Hay en la vida de los insectos, episodios admirables. Pensemos ahora en las abejas, el vuelo nupcial, nos demuestra la fuerza que la naturaleza emplea para la energética de tan formidable instinto. Emprende la abeja reina el vuelo nupcial y termina por la fecundación perenne de la dueña del cortejo y por la muerte del único esposo feliz y desgraciado. Fijaos en esta ley del amor. En el momento de la madurez sexual de la abeja-reina, ésta parte para el azul; sus nupcias las hacen en día primaveral, claro y en plena turqueza celestial. Ella sube alegre y con donaire. Acompaña la millares de pretendientes y adoradores. Pero ella siempre anhela conocer el más audaz, al más fuerte señor de la virginidad. Y sube, sube más, más, la reina núbil, valiente, y asiste a la caída, y a la deserción de los enamorados débiles y cobardes. Llega al final la novia, a suprema y vertiginosa altura, y el elegido, tórnase en el más feliz, pues se apodera del premio real. Amanse, y en este

beso profundo de macho, muere, porque parte de sus entrañas es absorbida por la virgen ambiciosa de amor, la que luego será madre amantísima; y es ahora, viuda y va al convento que es una colmena. y ahí, como Venus fecunda, forma las generaciones melíferas y conserva, con seguridad, la especie; de ella dependerá la vida del apiario.

Meditemos en este ejemplo bellissimo de la naturaleza. Es así cómo el hombre, muchas veces, llega al agotamiento máximo por cuestión del amor y cuyos desvíos no corresponden a la utilidad o a la necesidad de la máquina que produce el trabajo o la renta fisiológica para la humanidad.

Admirable documento de la naturaleza: nos demuestra la gran energía reproductora y la fisicoquímica misteriosa, pero fatal, por que la aproximación de las células germinadoras impele a los seres vivos a la unión, no obstante los obstáculos invencibles, como el inferido por el apiarista Maeterlink, en la fecundación de la abeja-reina.

También Forel, sabio-biólogo-sociologista de las hormigas; nos relata la fecundación sexual.

En varios insectos, el apetito sexual es fortísimo, casi feroz.

En las hormigas los machos mueren después del himeneo aéreo, se suicidan en la esperanza de que muera de amor su antecesor, para sustituirlo en el puesto de goce y sacrificio.

La hembra-hormiga posee un receptáculo seminal que contiene la simiente de varios maridos y

que permite la fecundación durante mucho tiempo de huevos puestos sucesivamente.

También la historia de las mariposas, en cuanto al amor, es maravilloso, sobre todo en las *Bombix*. Las bellas *Saturnias*, tipos magníficos de libélulas, permanecen durante meses en estado de larva, en los árboles y por dos años en capullo, como crisálida; y viven humildemente en las espesas cortezas de los árboles. Y un día nace la bella mariposa, polícroma, de alas matizadas, magestuosa y dominadora. Y como las rosas de Malherbe, no quiere vivir mucho, porque aparece en los aires, únicamente, para amar y morir. Y permanece tranquila, en espera del esposo amado, que, de lejos, la ansía... y con sus antenas, largas y artísticas, percibe, a la distancia de varios kilómetros *l'odor di femina*. El, muy donjuanesco y fuerte, vuela a través de bosques y campiñas, vuela y vuela con el fin exclusivo de la conquista, para apresar una mariposa que aguarda, como reina, el esposo que llegue primero, el más fuerte, y éste llega palpitando... Atrae a su amada desconocida; pero adivinada por el instinto, y después de pocas horas voluptuosas y de abrazos alados, que consagran la felicidad procreadora, se agota el esposo, y ya caduco, después del cumplimiento del fuerte deber de la reproducción, expira en agonía feliz, pero a la vez contento, por cumplir con el deber que impuso la naturaleza.

Los adversarios también mueren, cansados del penosísimo via-

je que emprendieron en busca del tesoro del amor. Después del himeneo y de la viudez, la libélula fecundada, ya sin brillo ni vigor, busca las plantas verdes, donde va a depositar los huevos para garantía permanente de las larvas que se transforman en ninfas que serán productos duraderos de tan efímeros amores.

La impetuosidad del instinto reproductor, constituye la maravilla más grande del universo.

El pájaro que gorgoea, el mamífero en celos, el insecto que zumba; el arrullo de las palomas, las mutuas caricias de las aves, la dedicación recíproca de las fieras, el bigeminismo de los sexos contrarios, cuyas caricias las transforman siempre, nutren el instinto sexual, lleno de encantos, con el fin único de la inmortalidad de la especie.

En la hembra el ardor no es menos intenso, aunque más disimulado: la coquetería, el emperifollamiento, el repudio, aparente, la delicada hipocresía, más la fuerza imperiosa sexual, hacen que el macho la perciba, y el blanco escogido sea alcanzado.

De ahí que el naturalista sea poeta porque estudia y siente los secretos y la belleza de la vida. Es el cantor exacto y sublime del amor de las especies, de la fusión polar de las células para la creación de los individuos para su perpetuidad.

Los misterios de la biología hacen soñador al naturalista y vive en la realidad de la vida.

Es grande la naturaleza porque creó en ja superficie de la tie-

rra la vida, el gran misterio de la energética, el mayor principio de la obra universal. El hombre no puede huír de esa ley tan sabia.

El Rey de la creación recibió también el amor de su Madre para su gran felicidad y para su sufrimiento.

Amor y muerte, temas de los poetas. El primero mantiene la vida humana y no se extingue porque el plasma germinativo es *Asverus*; el plasma es inmortal. El hombre se embriaga con ese vino caprichoso, estimulante en pequeñas dosis higiènicas; y es, altamente tóxico en dosis abusivas y falsificada. Son tantos los artificios, las inconsecuencias, las locuras, los desvíos biológicos de que el hombre emplea para envenenarse, con fluído diabólico de las pasiones, que se han escrito muchos libros de patología humana para referirse a las miserias, crímenes y degeneraciones del instinto reproductor.

El amor domina la civilización. Constituye la esencia de la biología y de la patología el nutrirse y el reproducirse.

Las obras románticas y poéticas, tienen como eje principal; la patología del amor.

Es que los poetas, novelistas, filósofos y naturalistas reconocen siempre la influencia fatídica que el instinto de la sexualidad ejerce en la desarmonía de la acción nerviosa individual y colectiva de la humanidad como fuente y origen de muchas neuropsicosis.

La felicidad y el bienestar de la humanidad depende de la buena solución del magno problema biológico.

El amor conserva la especie humana, y si no fuere éste, el hombre inteligente entorpecería la perpetuidad de las artimañas humanas.

El sentido del tacto logra el mayor éxito en el instinto sexual. La vista, el oído, el olfato, son elementos asociativos, indispensables.

La caricia, los besos, los fetichismos amorosos, los perfumes embriagadores, la suave y modulada voz, la mutua simpatía, todo esto, arrastra a las pasiones, multiplica el arte amoroso, la seducción, el encanto, el arrobó, y esto lleva a los enamorados a la embriaguez de las sensaciones y de la mente.

El amor mata los sentidos porque los absorbe.

Los poetas exaltan la mirada, pues es la causante de pasión. Los ojos son la ventana del alma, y por este peristilo, el amor hace su entrada triunfal en los corazones humanos.

El oído es el conductor de las palabras, de los cantos, de la música, de la poesía.

La palabra sugestiva y la música seductora impulsa al amor. La voz del corazón atrae y resuena en las paredes del pecho de quien está enamorado.

Saber querer, querer siempre, tener energía para huír del onanismo, de los ejercicios lúbricos, del uso de las relaciones sexuales inmoderadas, es la base para extirpar muchos de los padecimientos nerviosos, principalmente los de la esfera psicopática.

Los maestros, los educadores, debemos ocuparnos del carácter

infantil; vigilar que no se acentúe la perpetuidad de las prácticas sexuales nocivas, de modo que la reeducación de la voluntad sea su principal mira del cate-drático, aprovechando ciertas oportu-nidades, aunque interrumpa su tema a desarrollar.

El hombre debe respetar su coeficiente biológico; hacer uso moderado de todas las funciones de acuerdo con sus fuerzas.

Hipócrates decía: «De la co-mida, bebida y del amor debe usarse con moderación». Esto es, no transformar el placer en dolor futuro.

Los padres de familia, los educadores, los religiosos no se sienten bien cuando tocan esos asuntos con sus hijos y discípu-los, pero tenemos que hacerlo.

Nos dimos cuenta que en los Estados Unidos del Norte, cuidan mucho de la cuestión sexual en los colegios y en los ejércitos. Es así cómo se consiguen buenos hijos, discípulos y soldados para la Patria.

También las niñas y mucha-chas con tara deben someterse a vigilancia rigurosa. Es necesario conocer a los jóvenes de tempe-ramento retraído, afeminados, ca-seros y enemigos del deporte; ha-cer un estudio de ellos y poner remedio al mal con oportunidad.

El médico no aconseja la cas-tidad, ni intimida con las amena-zas del infierno, los rigores exce-sivos, porque nada valen, antes al contrario, son contraprodu-centes.

Las religiones no deben aconsejar con amenazas, ni con pre-

ceptos muy rígidos porque produ-cirán el temor y no la pureza. La moral muy severa y golpeada logra consecuencias desastrosas. Es me-nerester ir por intuición y valernos de la sugestión, y ésta, después se volverá autosugestión con lo que se logrará el triunfo. La mo-ral científica no promete recom-pensas, pues enseña al individuo el camino útil de la salud, seguido de lo buena educación sexual.

La buena educación esmera-da y científica constituye el medio más útil y menos perjudicial a la euritmia sanitaria y ética del indi-viduo y del medio social.

La propaganda escolar, y es-pecialmente en la enseñanza se-cundaria, es indispensable traer este tema: «La Educación Se-xual».

En los colegios, en los inter-nados, debería haber un cuerpo médico encargado de dar confe-rencias semanales para que se aclararan tan sombríos problemas que trae la cuestión sexual, los que se refieren a la salud.

Debemos decir la verdad, los focos de onanismo y monosexua-lismo son los centros de enseñan-za, los orfanatos, las colectivida-des infantiles y los planteles mi-litares.

Es necesario, pues, gran vi-gilancia durante las clases, en los recreos, en los dormitorios, en to-das partes.

En los hogares debiera es-tablecerse la misma supervigilan-cia por padres y médicos de la familia, porque en los onanistas desenfrenados los fenómenos del nerviosismo pronto se manifies-

tan, y éste transforma las fuentes vitales.

Feliz quien tiene a alguien que abra los ojos contra tan desgraciados males.

Las lecturas románticas y eróticas, las malas compañías, la vida perezosa y sobradamente alimentada, los excitantes nerviosos, la lectura de noche en la cama, transforman el alma y despiertan curiosidad en las muchachas y los jóvenes; son males que tendremos que evitar.

Familias y educadores indispensables para el aprendizaje sexual del púber o la ética del núbil, pero todo con tacto, diplomacia y buen sentido.

Las madres deben ser muy vigilantes en ropas, hábitos, inclinaciones, etc.

La vida deportiva, los ejercicios físicos constituyen excelentes elementos de defensa contra la excitación genital precoz de los niños o de los jóvenes.

Es necesario educar a la juventud con la energía de la voluntad y el carácter y hablarle por la lógica del sentimiento que es el mejor raciocinio persuasivo. Este trabajo es lento y requiere gran esfuerzo de parte del educador.

Gran valor tiene también la autosugestión reeducadora hecha con persistencia. Suprimanse los consejos amenazadores y rigurosos, al contrario, será eficiente la bondad persuasiva que toque a la razón y al sentimiento.

Debe conservarse la castidad antes del matrimonio, para no adquirir enfermedades venéreas. Alé-

jense las preocupaciones que se refieren a la esfera sexual, concernientes a la debilidad o a la capacidad generadora. Acúdase al médico y dígasele la verdad. Búsquese un amigo sensato para que aconseje, y no a clínicos pocos escrupulosos o a charlatanes. Despiértese la energía moral y desen consejos que sean útiles al sentido sexual y a la ética desviada.

También para evitar la vida desordenada y alegrar un tanto al espíritu es recomendable la estada en la montaña, la excursión y las exploraciones. La vida deportiva cura a los nervios sexuales. Desde la marcha lenta y progresiva hasta la equitación, todos los deportes son permitidos y útiles como el foot ball, basket ball, golf, gimnasia, remo, etc. La ventaja de los deportes está en el entrenamiento contra la fatiga, en la tonificación orgánica y en la derivación de los pensamientos de los pacientes.

Se sobreentiende que los ejercicios físicos son permitidos o serán proscritos a «pro-rata» del organismo, según la resistencia y la nutrición del educando.

Toda exageración es perjudicial. En los centros de enseñanza, los ejercicios físicos dosificados y frecuentes son de gran utilidad práctica en el tratamiento de la neurosis sexuales. El deporte mismo en sí adiestra el valor, disminuye la timidez, educa el carácter, la rapidez de acción, de resolución; tonifica la musculatura y constituye un excelente

derivativo de preocupaciones hipochondríacas y obsesionantes.

Los pueblos que practican el deporte, son menos atacados por la neurastenia, que se manifiesta más en los tímidos, sibaritas, perezosos y gozadores de la existencia.

La vida activa es útil y amplía el camino para ahuyentar preocupaciones mórbidas sexuales.

También aconsejamos la pesca, la caza y el cultivo de la tierra.

Todos los ejercicios indicados evitan las fobias.

La energía moral es un precioso tesoro que todos debiéramos poseer. Son lerdos o desanimados los que no la poseen. Es suficiente la convicción y el ejercicio mental para que no renazca como el Fénix de la fábula, de las propias cenizas.

No brotan bellas flores sin abono. La fuerza moral no aparece sin trabajo, persistente.

El alma es cual bello jardín y su flor preferida es la energía moral.

El bien individual junto con las ventajas de la descendencia, sin perjuicio moral o material de terceros resume el principio primario de la ética sexual. Sin higiene, sin moral científica, sin interés de la especie no hay ética sexual propiamente dicha.

La humanidad es la gran interesada; la especie sana es la expresión legítima de la moral sexual.

Es la eugénica, ciencia purificadora de la raza humana, es la responsable por la moral reproductora en sí.

El hombre debe tender al perfeccionamiento de la especie.

Mejoremos la raza humana: tomando en cuenta los elementos biológicos y sociológicos, todo de acuerdo con los principios de la higiene y de la moral científica.

La moral científica es la conveniente a los desvíos del amor; el sobrio ordena, no amenaza, no promete cosas ideales; muestra el buen camino para la salud, para la conciencia, para la vida, para la especie y para la humanidad.

El sacerdote enseña la verdad y guía al hombre hacia la bondad y el perdón.

Los moralistas sexuales, ante todo, deben ser buenos pedagogos, generosos consejeros, enseñando siempre la educación del bien humano, altruístico, mostrando el sereno camino del amor útil, del amor crisol de la eugenia, del amor expresión sincera del alma, del amor que no lesiona el interés sentimental de la ética.

Por esto es que la moral social y religiosa varía con el tiempo, los pueblos y las costumbres, y nada más difícil, porque encierra muchos misterios del amor.

Pero es la educación la que debe ejercer gran influencia en la mejoría del instinto sexual, la que se reduce a dos palabras: CIENCIA y EDUCACION.

TOÑO SALAZAR Y EL CONTORNO DE SUS MUÑECOS

Por Juan Felipe Toruño

De la Comisión de Filosofía y Letras

Quizás pocos hayan reparado en la intención complementaria que Toño Salazar dibuja en derredor de sus figuras. Al verlas tal vez se supondrá que es un arreo ornamental sin otros atributos que el de darles más atractivo o manifestar un «tic gráfico o capricho de pintores, dibujantes o caricaturistas, que en sus originales perfilan un gato, un ratón, una ala o puntitos estilizados como los que Gustavo Doré colocaba algunas veces en el ángulo superior de sus dibujos; o como aquellas líneas, plumas de ángel o celajes, de De Vinci. Pero no: los contornos de los muñecos de Toño Salazar forman parte del mismo personaje caricaturizado. Es la integralización de un trazo particular, síntesis psicográfica que manifiesta las inclinaciones o preferencias del que atrapó el lápiz del caricaturista.

Las modalidades de algunos autores muestran —como en la literatura— estilísticas que los definen. Ante una producción de Fou-gi-tha, se comienza por ver cierta aspereza en el trazo que se modifica cuando se llega al interiorismo del *biografiado* —la caricatura es una biografía resumida en líneas— en el punto central de interpretación. Al encontrarlo,

la sátira sonríe burlona. Y es que Fou-gi-tha es un tremendo burlador de las cosas serias, tomando él muy en serio su condición orientalizada para vivir a su modo. ¿Quién no vive a su modo? Mas el modo de este andarín medio saltimbanquí, medio cante jonde, es de un nomeimportismo trascendental.

Frente al ilustrador de las Fábulas de Lafontaine y de las escenas de la Divina Comedia, por más que Doré quiera disfrazar sus gráficas, aparecerá siempre la gracia en un espíritu angélico que se bislumbra en el trasfondo del suceso por muy demoníacos que sean los motivos.

En Gabaria adviértese de inmediato, en su estilística, el aliento humano, personal, en confrontación con las propias situaciones en que el personaje viva. En los rasgos nótase, a pesar de la energía, cierto desmadejamiento lineal. Picasso hace naufragar en trastrueques la realidad, el objeto, la verdad vista, indicando así una lejana unidad, como si todo fuera idéntico. Dijéramos un panteísmo pictórico en que todo es igual: un cajón a la cara de un hombre; o una oreja a una nariz con diez ojos así vistos a través del

efecto de una dŃsis de opio o de un *delirium tremens*.

En Toño Salazar, cuando se está frente a sus creaciones, el inter se dirige a las líneas. Por éstas se comienza, pero se termina en los contornos, o sea el ambiente en que sitúa sus personajes. Los contornos en los muñecos de Toño es el prodigio homogéneo de la individualidad del artista, cientista, literato. La seriedad en la multiplicidad resumida en conjunto, profunda es en Salazar. Demasiado profunda y cŃsmica a veces, aunque en las líneas aparezca fina la fruición irónica. La ironía en el lápiz de Salazar es espiritual.



Toño Salazar

Cuando ha exteriorizado el mundo quemante de Unamuno en una figura impresionista; en el contorno de esa figura reune los elementos que le fueron propios al hacer mental del estupendo inconforme; libros descuadernados, remolinos casi imperceptibles, indicadores de la tempestad intrínseca en que se mantuvo Unamuno. Cuando esquematiza a Valle Inclán —claroscuro mágico de Rembrandt—, los contornos son poblados de murciélagos, escoba, espadn, la utilería de aquel señor medieval, satánico y lanzafuegos que veía al pasado y al presente, Jano y Júpiter, deshilachado su brazo en las barbas oceánicas del nigromante.



Pablo Neruda

A Neruda, coleccionador de crustáceos y caracolas, le coloca el rostro flotando sobre un oleaje, medio hundida la faz hebrea y moscovita. Una raíz de corales le nace del exŃfago en tanto vuela una mariposa ensoada. Faltó aquí la hoz y el mango del martillo soviéticos.

Barajas, cartas, humo. Es el ambiente de Ramón Gómez de la Cerna, no faltando la mesa, sobre que navegarán las horas y las barajas asentándose en ella la cabeza del fundador de El Pombo, malabático en frases y en hechos.



Ramón Gómez de la Cerna

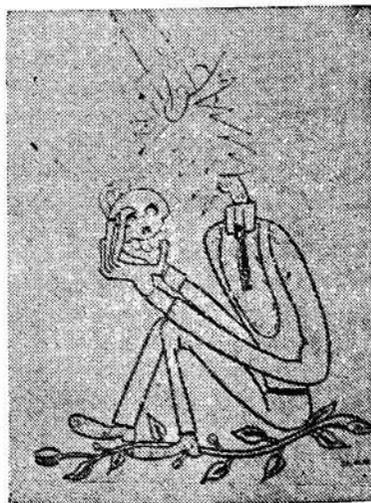
A Bernard Shaw le coloca por cabeza una linterna. No es la de Aladino sino la de Diógenes, porque Shaw nunca encontró al hombre. Correspondiendo Salazar a la ironía agria y punzadora del autor de Pigmalión, le puso en sus manos la cabeza de una doncella, de rostro infantil, como una evocación de la Isadora Duncan, a la que con un comentario y a la vez pregunta descuartizó una referencia galante. Por contorno, la figura de aquel solitario —íntimo en su soledad, amargado y triste como lo fue Shaw si es que no equivoca lo que se trasluce en el fondo de sus producciones, de superficie irónica —tiene una rama

que es a la vez laurel y olivo, sobre que se columpia el trazo esquemático del irlandés.

Hay que buscar en Salazar, para indagarle ampliamente su arte, lo complementario que a veces es primordial en las líneas que él trazó. Va de adentro para afuera la impresión. Parte ésta del centro, vitalidad del ser transfigurado, hacia la exteriorización que vibra en la expresión de esos contornos de los muñecos.

La deformidad interiorista —o la conformación tipológica del sér— no se manifiesta ruda. Supónese que el lápiz no ha mordido, ni ha saltado. Ha resbalado primorosamente imprimiendo un silogismo de la persona humana en un conjunto tan característico de esa persona, como de la personalidad del autor.

Fulge la psicología en los tres aspectos de una estética vital



Bernard Shaw

Una Mujer y Una Obra

Por Francisco Morán

I

En cuanto a producción literaria, El Salvador es un país de unidades señeras y fuertes. Lo que no se extiende y se nutre en grupos, instituciones y sistemas, se encuentra en individualidades vigorosas, originales, hechas por sí mismas. Así don Francisco Gavidia, así don Alberto Masferrer, así don Arturo Ambrogi y Salarrué, legítimos autodidactos,

creadores de sus personalidades, hijos y padres de sus obras, pioneros en sus campos de labor.

Así esta mujer fuerte, intuitiva y tenaz, analista y de plenitud consciente, que ha iluminado los hondones en que se perdían las raíces de la raza; ha mostrado las vías y canales por donde circulan, en el tejido viviente de nuestra mesticidad agitada y des-

artística. Forma. Aliento —o sea lo psíquico— y contorno, son el complemento magnífico en la creación de Toño Salazar, de nervio y de espíritu.



Federico García Lorca

Es muy seguro que si transfigurase a Stalin, le colocaría de contorno un ala de Cupido, osamentas, descansando su figura sobre una esfera despedazada.

Los rededores de las figuras del caricaturista salvadoreño, no son producto de un acaso, ni un capricho, ni un tic, como se expuso anteriormente, ni menos simple adorno. Es la fuerza creadora del artista que reúne los elementos para hacerlos vibrar en la órbita de una constitución humana, con sus defectos, atributos, inclinaciones y sueños.

Completa así el mundo de los otros con el suyo, en el que está viajando precedido por su fantástica realidad en la que resume diferentes circunstancias de otras vidas en la inmanencia de su arte.

igual, las dos corrientes raciales en proceso de mestizaje.

Toda una vida de emoción y fervor y, dentro de ella, treinta años de trabajo apasionado y metódico, de ignorados sacrificios, culminan en la publicación de «CUZCATLAN TIPICO», sendero y panorama, detalle y resumen, intuición y sistema del alma nacional en la expresión ingenua



Prof. y artista, doña María de Baratta

y profunda, primitiva y moderna de una raza en formación.

No conocemos caso de identificación entre el autor y su obra como este de doña María de Baratta y su «Cuzcatlán Típico». La concepción total y la de cada una de sus partes, el método de indagación y ordenamiento, la es-

tructura y la expresión, todo denuncia el espíritu, el ánimo y hasta las modalidades exteriores de la autora.

La gota de sangre lenca que va en el torrente de su españolidad fue, al principio, al tornarse conciencia, visión de los ancestros, figuración de su peregrinaje, de sus construcciones, de sus cantos y sus danzas, de su tragedia y supervivencia; después, propósito y método, de estudio, voluntad y amor para indagar y adivinar, para arrancar en contactos y convivencias, secretos de las tribus, las familias y los individuos; luego, habilidad y técnica para cotejar hallazgos propios con doctrinas y teorías de sabios y científicos y, finalmente, presurosa, afebrada redacción y composición de su obra monumental.

Hay, a veces, en la redacción de «Cuzcatlán Típico», un desgaire, una ingenuidad de expresión, junto al vigor de las concepciones, la fuerza del colorido, y el tono de la emoción, que denuncian, confirman y afirman la personalidad de la autora. Su modo de decir, nos hace pensar en el desenfadado estilo de Santa Teresa de Jesús, en la sencillez y claridad de Bernal Díaz del Castillo y en algún otro clásico de esos que hicieron bellas letras sin artificios ni empeños de literatura.

Pero de pronto, al volver una página, nos sorprende un lirismo arrebatado y luminoso, un estilo tenso y seguro, un lenguaje preciso y elegante que se desenvuelve en períodos rotundos y musicales, anulando distancias y milenios, para elevarse a la interpretación de

misterios cósmicos, como el «melus del Ande».

«Diapasón del Cosmos Atlante de los Andes! Sonidos misteriosos de la gran cordillera andina! Al conjuro de su maravillosa evocación, renace el espíritu del Continente Indo-Americano, sugiriendo una nueva visión Indo-Americana inspirada en la majestuosa altitud de los picachos y en el misterio de la selva».

La estructuración de la obra es, a primera lectura, un tanto inconexa, desigual y recargada. Mas, cuando se ha captado la idea central, una profunda unidad establece simetrías y equilibrios, como esos que el ojo percibe, después de prolongada contemplación, en las cimas abruptas.

Y así venimos a percatarnos de que al apego y la fe con que se entregan hoy día los mocetones de Aculhuaca, Paleca y San Antonio Abad, a sus danzas y regocijos, es reminiscencia del espíritu que se expresaba en las danzas religiosas de los nahoas y protonahoas, desde el incierto Chicomostoc hasta el golfo de Conchagua y hasta la mar dulce de Nicara0.

Nos enteramos de que subsiste la imitación de los cantos de pájaros en ritmos que ya sólo dan los tocadores de pito de caña o chirimía.

Entendemos por qué cobran dejos de melancolía todos los aires que adoptan los músicos de pito y de tambor y por qué es cerrado el paso del indígena cuando ejecuta las danzas venidas de Europa.

II

«CUZCATLAN TIPICO» es un estudio de la raza indoamericana en sus manifestaciones artísticas, música, danza, leyendas, tradiciones y costumbres, tal como éstas se expresaron en las regiones Lenca y Pipil, que constituyen el territorio de El Salvador.

Su título no debe llamarnos a engaño. No es estrecha y concentrada visión de lo cuzcatleco magnificada por el amor o el orgullo nacionalista. Al contrario, ella rastrea muy hondo y muy lejos, salvando distancias y centurias, en fuentes de indiscutible autoridad: aplica métodos estrictamente científicos, para valorar y clasificar sus hallazgos. De esta manera cobra validez continental lo que sólo pretendía ser homenaje a los grupos étnicos que se fijaron al oriente y al oeste del río Lempa en El Salvador.

Con encantadora sencillez dice la autora en su introducción: «Obedeciendo a esa voz interna de la savia racial que llevo en mí, me dediqué a estudiar, procurando por todos los medios ahondar y analizar en las expresiones musicales del indio, imponiéndome cierta disciplina desde el principio de mis investigaciones».

Lo que hay tras esas palabras, para cada uno de los aspectos de la indagación, es labor heroica de lecturas cotejadas, de búsqueda acuciosa de objetos, de viajes por todos los caminos de El Salvador, de permanencia en los

pueblos, de conquistas hábiles y cordiales de la confianza de los aborígenes. Luego, aplicación de técnicas conocidas y creación de técnicas nuevas para interpretar, por ejemplo, escalas musicales en instrumentos individuales o en familias de instrumentos.

La concepción de teorías, su discusión con los especialistas, la formulación y comprobación deductiva. Este método fue aplicado con igual empeño y tenacidad casi desesperante, a la danza, a la música, a la cerámica, a las leyendas y tradiciones. Con frecuencia hay finos y profundos atisbos a la psicología del aborígene.

Y todo eso, considerando la evolución y la supervivencia de esas manifestaciones, desde la época precortesiana hasta nuestros días.

Obras de esa índole, sólo se habían realizado por institutos, en trabajos de equipo, bajo auspicios generosos y con grandes alicientes y facilidades.

«Cuzcatlán Típico» es, pues, una obra de indagación científica, que plantea problemas, describe y sigue métodos de trabajo, formula resoluciones, las coteja y las comprueba. Pero corre a través de él un torrente de emoción, que todo lo vivifica, lo prestigia y lo embellece, es el alma de la autora.

«Cuzcatlán Típico» es una vida y es una obra.

Si los cuzcatlecos tenemos suficiente sensibilidad para comprender esa vida y esa obra, «Cuzcatlán Típico» será sencillamente, un hecho histórico en El Salvador.

III

«Cuzcatlán Típico» puede ser un hecho histórico en El Salvador, si lo leemos, lo entendemos y lo sentimos. Si su sinceridad y su emoción logran volver nuestros ojos a la raíz ancestral de la raza. Si el sentido de la tradición cobra vida otra vez y nos permite gozar con la música de los nombres de los pueblos y sus significados poéticos: Quezaltepeque, Chalatenango y Acajutla; los de nuestras montañas: Lamatepec, Lempa, Ilopango; los del trabajo y afán humano: Tunalmil y Apante.

Y al oriente del Río Padre, esa sonoridad amplia y viril que va en los nombres de Jucuarán, Sessori, Conchagua, Chaparrastique, Guatajiagua y Sumpul.

Si aun nos queda sensibilidad para el color y el ritmo y la historia que campean en las justas de moros y cristianos.

Si podemos todavía percibir el hilo de murmullos que vienen de muy hondo en las quebradas y de muy alto en las cimas señeras, y es captado sólo en la humilde chirimía.

Si somos capaces de simpatizar con el silencio prolongado del aborígene, con su sobriedad y su mal disimulada rebeldía.

Si cuatro siglos de cultura superpuesta no han cegado las fuentes del sentimiento, tornáremos a las tradiciones en busca de aquellas supervivencias que han de darnos las claves de muchos problemas nuestros: asimilación difícil de lo europeo, falta de sentido económico, casi nula valoriza-

ción del tiempo, pobreza de método y organización.

Buscaremos entonces, caminos más rectos hacia el alma del campesino para educarlo, para incorporarlo, para atraerlo decidido y contento a participar en la tarea de la reconstrucción nacional.

Y no nos llamemos a ilusión con aquello de que «en El Salvador no hay problema indigenista»; que el aborigen está ya incorporado a la civilización occidental. Ciertamente, no tenemos en El Salvador, contingentes indígenas en la proporción que los tienen México, Guatemala, Bolivia. Ni confrontamos problemas de dialectos ni de cofradías ni otras instituciones tradicionales.

Nuestro problema no es de indigenismo. Es de algo que está más cerca. Está dentro. Lo llevamos en la sangre. Se llama Mestizaje.

Los pueblos llamados a supervivir y hacer historia, han de conocerse a sí mismos desde sus orígenes hasta su presente. Y han de ser fieles a su destino, determinado por sus herencias, su suelo y sus oportunidades.

Estos pueblos, no pueden saber a dónde van, si ignoran de dónde vienen.

En el conjunto de nuestras posibilidades de superación colectiva se conjugan dos razas, dos culturas, ambas con sus factores positivos y sus negaciones. Pero esto no es fatal. El suelo aporta otros factores. El ambiente cul-

tural del mundo presente, con sus reclamos a la conciencia colectiva, con tremendas amenazas, con poderosos incentivos, nos impone una actitud de estudios y de trabajo. Y un estar alerta a los más sorprendentes movimientos de la realidad.

No pensamos en la contemplación nostálgica de un pasado que nunca volverá. Pensamos en un conocimiento de la tradición para encontrar en ella todos los elementos positivos que pueden concurrir a la afirmación de nuestra personalidad, para no perderlos en esta afebrada gestión de un mundo nuevo.

«Sé lo que eres» formuló el lírico griego. Seamos lo que somos conforme a la tradición, pero proyectemos nuestra inquietud sobre un futuro hacedero, a partir de la actualidad.

En este sentido, «CUZCATLAN TIPICO», puede ser un hecho histórico. Afirma con ciencia y con amor nuestra noción tradicional y nos señala los métodos de trabajo y fuentes de estudio para que nos permitan un aporte original, a las empresas de la cultura.

Laudemos sin reserva a doña María Mendoza de Baratta, quien nos da una lección de esfuerzo heroico, y recibamos los frutos de sus empeños para hacerlos crecer y multiplicarse en el espíritu de las juventudes de Cuzcatlán.

San Salvador,
2 de febrero de 1954.

vitud. Nada, pues, será más glorioso a esta Augusta Asamblea, más grato a la Nación ni más provechoso a nuestros hermanos esclavos que la pronta declaratoria de su libertad, la cual es tan notoria y justa, que sin discusión y por general aclamación debe decretarse. La Nación toda se ha declarado libre, lo deben también ser las partes que la componen. Este será el decreto que eternizará la memoria de la justificación de la Asamblea en los corazones de estos infelices que, de generación en generación, bendecirán a sus libertadores. Mas, para que no se piense que intento agraviar a ningún poseedor, desde luego, aunque me hallo pobre y andrajoso, porque no me pagan en las cajas ni mis créditos ni las dietas, cedo con gusto cuanto por uno y otro título me deben estas cajas matrices para dar principio al fondo de indemnización arriba dicho».

Esta fue la moción patética y ennoblecedora que mereció los honores de la aprobación unánime y que coloca al prócer Cañas, como el abanderado de la libertad de los esclavos.

El criterio histórico del gran Marure se ha mantenido incommovible. He aquí su relato:

«En la sesión del 31 de diciembre de 1823, el venerable anciano presbítero doctor ciudadano Simeón Cañas, Diputado por Chimaltenango, dirigió a la Asamblea Nacional Constituyente estas palabras: (Están trascritas en el párrafo anterior).

Los representantes ciudadanos J. Francisco Barrundia y doctor Mariano Gálvez apoyaron con entusiasmo la proposición de Cañas, iniciada ya por ellos algunos días antes, y la Asamblea la adoptó por unanimidad de sufragios. Únicamente ofreció algunas dudas y disputas el dictamen que presentó una comisión sobre los arbitrios y manera con que debía formarse el fondo de indemnización».

Pero no se conformó con eso el Prócer Cañas, sino que el 14 de enero del 24 abre de nuevo camino a la realización inmediata de su idea, presentando la siguiente proposición: «La Asamblea ha decretado la libertad de los esclavos, sin condición ni relación alguna a la indemnización de ellos; pero como no se ha pasado el decreto al Gobierno para su publicación, hasta ahora gimen los miserables en la servidumbre, viene a pedir que teniendo consideración a los graves males que de cierto se están padeciendo, se mande sin pérdida de tiempo, pasar el Decreto al Gobierno; quedando si fuere necesario a mi cuenta sostener la impresión de él».

Tal la obra del prócer salvadoreño, tal su huella luminosa, que abrió ancho camino a la conciencia humana, y tal los hechos históricos en toda su desnudez.

Ya tiene un monumento moral el Padre Cañas, levantado en el espíritu de todos los centroamericanos, porque en el hontanar histórico, marca su célebre moción un rayo de luz.

A la memoria del Prócer José Simeón Cañas

Palabras del Miembro Activo del Ateneo de El Salvador,
don Luis Gallegos Valdés

(De la Comisión de Filosofía y Letras)

Es un honor para quien os dirige la palabra presentar —si es que cabe hacerlo en este caso— al doctor Manuel Castro Ramírez padre. Me honro desde hace años con su amistad. La simpatía que emana de su persona, su gran bondad, no son sino reflejo de su vigoroso talento, realzado por su acendrada cultura y larga experiencia.

El doctor Castro Ramírez es notable internacionalista. Su actuación ha sido brillantísima en numerosos congresos, convenciones y conferencias internacionales. Comenzó a significarse en la Corte de Justicia Centroamericana. A partir de entonces, su personalidad fue definiéndose hasta llegar

a ser verdadera autoridad en la materia a la par de otro salvadoreño ilustre: el doctor José Gustavo Guerrero.

Además de su dominio del Derecho, el doctor Castro Ramírez es uno de los pocos grandes oradores nuestros. Pero, contra lo que suele ocurrir en el intemperante trópico, él busca la concisión, aunque —cuando la ocasión lo requiere— su verbo es restallante y rompe como la ola contra el acantilado.

La Historia le atrae: su pluma ha tallado —como con escople de escultura— las figuras de nuestros próceres; el sociólogo que es él, ha sabido explicar las

Se trata de un modelo de hombre, de sacerdote, de sabio, caballeresco e intachable, a quien El Salvador debe levantar un soberbio monumento material que mantenga su culto.

Ya en la ciudad de Zacatecoluca tiene consagrado un humilde busto; y a mí cúpome la honra de redactar el decreto de erección, cuando el doctor Manuel Enrique Araujo, aquel Presidente visionario, visitaba la tierra que fue cuna de Cañas.

Recuerdo el histórico momento y el discurso improvisado, pero bello, del doctor José Leiva.

Pero ahora resta levantar el monumento nacional, tributo de la gratitud de todos los salvadoreños. Y en esta cruzada cívica, San Vicente irá a la cabeza.

Los que se van:

DR. MANUEL CASTRO RAMIREZ p.

Por Jorge Lardé y Larín,
(De la Comisión de Geografía e Historia)

Manuel Castro Ramírez p.:
¡he aquí una de las figuras más representativas de El Salvador en los últimos cincuenta años!

Conspicuo miembro del foro salvadoreño, orador de recia en-

vergadura, internacionalista de fama continental, historiador y publicista que vivió permanentemente militando en los inconmensurables campos de las disciplinas científicas.

causas y concausas históricas con maestría.

Lo que escribe se lee con placer, porque con el dato preciso y la interpretación justa va la forma noble. La Academia Salvadoreña de la Lengua y la de la Historia cuéntanlo entre sus miembros.

A estas facetas de su personalidad, hay que agregar la del fino conocedor de nuestro medio. ¡Cuánto no le agradeceríamos el que un día nos diera una interpretación de éste! Estoy seguro de que nos daría al respecto jugosas reflexiones.

Internacionalista, orador, conferenciante, historiador, académico, abogado de nota, el doctor Manuel Castro Ramírez padre es también catedrático de nuestra Universidad en cuyas aulas varias generaciones de estudiantes han aprovechado su saber y en la que tuvo, por espacio de varios años, a su cargo, la cátedra de Derecho Diplomático.

La Casa de la Cultura, a cuyo nombre hablo, le ha invitado para que nos evoque la figura máxima del prócer Cañas, libertador de los esclavos, claro varón centroamericano. Ciertamente es que en El Salvador, según apunta el historiador don Rodolfo Barón Castro, a la época de la emancipación, sólo había aproximadamente 80 esclavos de color, reducido número para nuestra ya entonces nutrida población, los cuales vivían al amparo de familias que no acostumbraban con ellos trato inhumano. Pero basta la intención, altísima, por lo que ella tiene de honda significación, para que aquel varón haya alcanzado la inmortalidad; basta con que él haya señalado, con dedo acusador, un estado anacrónico, lesivo para la personalidad humana, para que su nombre sea venerado donde quiera ésta sea respetada y defendida.

San Salvador,
11 de octubre de 1953.

Como abogado nadie discutió la competencia de este salvadoreño ilustre. Dominaba las ciencias del derecho civil y del derecho penal; y abondó con éxito en la investigación y conocimiento del derecho internacional, principalmente del derecho internacional americano.

En los juicios civiles se reveló siempre como un perfecto conocedor del Código de Procedimientos. Sus escritos jurídicos unieron, a la austeridad del lenguaje científico, la hermosura, claridad y brillantez de un estilo propio e inigualable.

En los juicios penales demostró igualmente amplísimos conocimientos del Código de Instrucción Criminal. No sólo conocía a cabalidad la ley adjetiva, tal como se mantiene en la actualidad, sino que conocía la historia de cada uno de sus artículos, desde la vieja legislación española de Indias pasando por el primer Código sui génesis del padre Isidro Menéndez.

En los Jurados, la sola noticia que el doctor Castro Ramírez p. iba a defender o a acusar, despertaba el más vivo interés entre profesionales, estudiantes y profanos en la materia. Cada uno de los Jurados en que participó se trocó en cátedra que servía el eminente profesor universitario. Cátedra no sólo de Instrucción Criminal, sino también de Oratoria Forense, porque el salvadoreño recién desaparecido era un lejano, pero aventajado discípulo de Demóstenes y Cicerón. Su elocuencia admiraba. Aunaba a la

claridad de exposición, las más variadas tonalidades de voz y los recursos de una mímica que nunca llegó más allá de donde debía llegar. A esto debe sumarse la presencia de gran señor que traslucía la persona del doctor Castro Ramírez p.

Como abogado e internacionalista, como político, prestó importantes servicios a la República.



Dr. Manuel Castro Ramírez p.

Vice-Canciller en 1911, fue llamado en 1912 —cuando apenas había vivido 28 años— a ocupar el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Beneficencia, durante la efímera administración progresista y democrática del doctor Manuel Enrique Araujo. En tal concepto, tocóle leer ante la Asamblea Legislativa la Memoria o Mensaje Presidencial de 1913, por la inesperada muerte del Presidente-mártir.

El nuevo orden administrativo ocupó sus servicios nombrándolo Magistrado de la Corte de Justicia Centroamericana —primer organismo internacional de esa categoría, precursor de las modernas cortes mundiales de justicia—reunida en Cartago (Costa Rica) de 1914 a 1917. Como Magistrado del Supremo Poder Judicial centroamericano, conoció en el ruidoso caso presentado por El Salvador a través de su abogado litigante doctor Alonso Reyes Guerra (Q. E. P. D.), que se concretó en la conocidísima DOCTRINA MELENDEZ, que desarticuló el cumplimiento en Nicaragua de la trágica política «del Destino Manifiesto».

Fué después Abogado Consultor del Ministerio de Relaciones Exteriores, de 1919 a 1921, y ocupó otros destinos públicos que sirvió a cabalidad.

En 1936, presidió la delegación salvadoreña ante la Conferencia de la Paz celebrada en Buenos Aires (Argentina), y allí su pensamiento y su verbo encendidos de fe y optimismo dejaron bien parado el nombre de El Salvador, cuando en sesión plenaria, nuestro ilustre internacionalista proclamó, que los pueblos de América, iban en camino de cambiar «la política del buen vecino» por «la política del buen hermano».

En 1946 fue llamado nuevamente a ocupar la Cancillería salvadoreña. Su presencia en el Gabinete de Gobierno fue interpretada por el pueblo como una legítima conquista suya, porque desde ese elevado cargo podría atem-

perar los desaciertos del despotismo y encauzar a la República sobre ruedas auténticamente democráticas. Su paso por el Ministerio fue fugaz. Ante la irrenunciable decisión del Jefe del Ejecutivo de que la Asamblea Legislativa decretara el Estado de Sitio y la suspensión de los derechos y garantías constitucionales —entre ellos la libertad de imprenta, de la que fue celoso defensor— tuvo que renunciar a ese alto destino, dando a la juventud, como dice una de las estrofas del Himno Nacional, una «gran lección de espartana altivez».

«Pro—Patria». «Camino de Esperanza» y «Arce», son los tres libros que recogen en gran parte sus trabajos históricos. En ellos hay algunos artículos o ensayos de investigación y tesis novedosas que rompieron moldes tradicionales: pero la mayoría son verdaderas joyas literarias, fruto de investigaciones ajenas expuestas con el inconfundible sello de su personalidad, muy lejos por cierto del plagio. En todos esos trabajos, sin embargo, queda en evidencia el amor entrañable del doctor Castro Ramírez p., por los optímates de nuestra independencia, por los grandes valores salvadoreños y por las glorias nacionales que revivió a través de su prosa de corte clásico.

Fue el ilustre desaparecido Presidente vitalicio de la Academia Salvadoreña de la Historia, que hoy pierde a uno de sus fundadores. Bajo su dirección, la Academia publicó cuatro intere-

santes libros: uno, en homenaje al Padre José Matías Delgado y otro, en homenaje al Padre José Simeón Cañas, los dos beneméritos ciudadanos que alcanzaron, en gloriosa jornadas históricas, romper las cadenas de la esclavitud política y de la esclavitud física, al fundar una Patria nueva y abolir la odiosa esclavitud. Los otros dos: «Vicentinos Ilustres» y «San Salvador y sus Hombres».

Ese profundo respeto a los valores eternos de nuestra Historia distinguió y dignificó siempre al doctor Castro Ramírez p. Al pie de cada monumento se escuchó su palabra docta, y temblaron los mármoles fríos y los bronce sonoros al conjuro de su verbo encendido, que remozaba epopeyas pasadas y revivía un heroísmo hoy casi olvidado.

Vicepresidente de la Academia Salvadoreña de la Lengua en la hora de su sentido muerte, esta Academia pierde también a un valioso elemento, que la honró con su presencia. También fue el Dr. Manuel Castro Ramírez p., Miembro Honorario del Ateneo de El Salvador y socio distinguido de sociedades jurídicas e históricas de ambos mundos.

En el campo de las relaciones humanas fue un certero piloto de la vida a lo largo de su propia vida. Supo mantener fresca y lozana la flor de la amistad, sin permitir que se marchitara nunca. Ponderado siempre. Afable con todos. La serenidad de sus austeras canas colocaron siempre la flor de la amistad ante el embate de los que discutimos con él públicamente. Jamás negó estímulos a quienes se iniciaban en los caminos de la cultura y siempre estuvo atento, sin egoísmos fenicios, a compartir sus libros con los amigos y a obsequiar a éstos aquellos que le eran de un valor inapreciable y que en su biblioteca podían permanecer inoficiosos.

Nació el doctor Manuel Castro Ramírez p., en la ciudad de Jucuapa el 5 de septiembre de 1884 y murió en San Salvador a las seis de la tarde del 25 de enero de 1954: ¡he aquí una vida que se fatigó por más de 69 años, rindiendo su culto permanente y fervoroso a la Patria!

Que sobre la lápida fría que recogerá su nombre esclarecido, florezcan siempre las flores de la amistad.

San Salvador,
26 de enero de 1954.

“LOS TRABAJADORES DEL MAR”, DE VICTOR HUGO

Por el profesor José Lino Molina
(De la Comisión de Educación)

Estaba yo muy pequeño, los libros aún no llamaban mi atención, cuando encontré en una mesa de mi casa, uno, que tomé y me puse a hojear, divirtiéndome con sus láminas; por la medianoche con un diálogo, ocupaba la página entera, en que las preguntas y las respuestas se hacían y se daban en palabras sueltas o frases cortas que no llenaban el renglón, lo que me excitó a leer. El texto no me interesó, ni recuerdo de qué trataba. El libro era «Los Trabajadores del Mar», de Víctor Hugo.

Entre las láminas, dos, se grabaron en mi mente. En la primera aparecía una joven con un vestido lleno de alforzas y abullonamientos que se recogía por un lado dejando ver una linda botita y el nacimiento de una pierna, más linda aún; agachada manipulaba una regadera de la cual brotaba en finísimos chorritos un raudal de agua que iba a caer sobre una planta. En la segunda, se veía un hombre, sentado en un hueco que semejaba una silla, en la pared del acantilado, que distraído como en hondas reflexiones, miraba al mar.

Después lo supe, la regadora era «Deruchette», la mujer interesante de la obra, en quien se

suman la belleza y la poesía, el encanto y la atracción, al par que la ingenuidad y el pudor. El hombre era «Gilliat», el héroe en quien se acumulan la fuerza, la iniciativa, el valor, la pasión y la timidez, que se dejaba inundar, después de dar cima al acto más sublime de que es capaz la abnegación y la generosidad de un hombre, como es entregar la mujer amada al rival favorecido con la correspondencia que él no pudo lograr, no obstante haberla ganado con la acción titánica que llevó a cabo, cabalmente, por merecerla.

Pues bien, en lo ulterior, leí varias veces «Los Trabajadores del Mar», pero únicamente en la última en que, enfermo la repetí para distraerme en la cama, tuve la impresión definitiva de que es una magna obra, una vasta enciclopedia, en que un lector que sepa muchas cosas y esté en posibilidad de admirar la fantasía de semejante autor, puede, al mismo tiempo darse cuenta de que éste posee y hace gala de ellos, conocimientos portentosos sobre infinidad de materias, además de que la trama de la novela reviste un interés siempre creciente y que desenvuelve una acción bien elevada y de gran trascendencia.

Víctor Hugo, es amigo de los contrastes en sus personajes, satírico despiadado, desnuda a la humanidad y en uno de ellos reúne todos los defectos físicos, la fealdad imponderable, y todas las bellezas del alma, para presentarlo como un ser excepcional. «Gilliat» de «Los Trabajadores del Mar», que no es un monstruo como «Cuasimodo» de «Nuestra Señora de París» es un sujeto que las gentes de su vecindad ven con previsión y temor por creerlo hijo del Diablo, pese a su bondad reconocida, de no ofender a nadie y de ser útil al que lo busca, de ser noble con nobleza espiritual y también hermoso físicamente en sus 30 años de edad. Repugnaba por todo lo que de él se suponía, dándole carácter sobrenatural a todo lo que de él procediera inspirado por el Espíritu Maligno.

Se enamoró de «Deruchette», un día que la vió escribir su nombre en la arena y desde entonces quedó sujeto por el corazón, por ella obró prodigios, más tarde, que de nada le sirvieron para su felicidad. Menospreciado por las gentes, degradado ante sí mismo, ignorándose, llegó a creer que la mujer amada era un ser celestial, inmaculado, y que él era indigno hasta de llevarla en el pensamiento.

He aquí un resumen de la acción «Mess Lethierry», tío y padrino de «Deruchete» y su padre adoptivo, dividía su amor, que era inmenso, entre la joven y la «Duranda», su lancha de vapor; el nombre de la niña era diminutivo

del de la «panza», como también apodaba a su pequeña embarcación como demostración de que una y otra eran un sólo sentimiento en su afecto. Esta lancha era única en su clase y a ella confió el marino el hacer la fortuna que necesitaba para dotar a su hija adoptiva cuando tuviera que casarla.

«La Duranda» cumplió su misión, en diez años de trabajo continuo y multitud de viajes felices entre «Guernesey», la isla que sirvió de asilo al gran escritor en su ostracismo cuando el régimen de Napoleón III que él adversó y Saint Malo, puerto francés en la costa americana. Y cuando el buen estado de la embarcación aún prometía seguir favoreciendo a su dueño, en una noche de niebla, naufragó en unos arrecifes de que los marinos huían.

Este contratiempo afectó hasta la muerte a «Mess Lethierry» que en su desesperación dió a conocer que daría la mano de «Deruchette» a quien salvara su lancha, si había alguno que se atreviera. Lo cual oído por «Gilliatt», sin decir nada a nadie, se preparó y se fue al lugar donde la «Duranda» se encontraba medio sumergida y clavada a la punta del arrecife en que chocara. Todo el mundo ignoró su titánica empresa, hasta una mañana en que después de muchos meses de ocurrido el naufragio «Mess Lethierry» al dejar el lecho, no queriendo dar crédito al prodigio, vió su «Duranda» amarrada a la argolla que antes le sirvió para igual objeto.

Reconocido «Gilliat» como autor del portentoso salvamento, el agradecido marino cumplió su palabra no sin algún sentimiento por tratarse del hijo del Diablo y «Deruchette» sumisa se sometió a la palabra dada de su padre, con el corazón desgarrado, pues ella amaba a otro hombre.

Días antes del naufragio de la Duranda, había zozobrado un buque portador de pasajeros para la isla y Gilliat, que era un gran nadador y hábil marino, salvó un joven que radicándose en el lugar, tuvo ocasión de conocer, de enamorarse y de hacerse amar de Deruchette, quien, por otra parte, ni sospechaba que Gilliat, procurando ganarla para su amor, trataba de salvar a la Duranda, volviendo con ello la felicidad a su padre y a ella que sufría con el dolor del anciano; y que era amada con delirio por aquel hombre.

Cuando el heroico «Gilliat» iba a unir sus destinos con la que ganara su esfuerzo sin ejemplo,

adivinando que no haría la felicidad de su amada, en silencio, como sabía hacer todas sus cosas, puso en poder del rival afortunado la mano de la novia y se dispuso poner en práctica la única cosa que le era posible, como era morir, y escogió la silla del acantilado, donde tantas veces soñó despierto, para que la muerte borrara con el silencio y la pasividad su inmenso dolor.

En la vida real no se encuentran individuos como los que Victor Hugo crea, para realizar un destino único, sin más horizontes que el desprecio público y hasta su horror, siendo por contraste, dignos de las mejores recompensas. Son entes humanos que no tienen semejantes en la vida, donde cada uno, a su turno, tiene épocas de desgracias y épocas de dicha. Que ni es tan feo, ni tan hermoso; ni tan sabido, ni tan ignorante, ni tan querido ni tan desechado,

20 de septiembre de 1952.

RECUERDOS DEL DR. SANTIAGO I. BARBERENA

**Por el doctor Leonidas Alvarenga,
(De la Comisión Científica)**

¿En qué lugar y cuándo nació este patriarca de las ciencias y de las letras? Sabemos que fue un centroamericano de estirpe noble en cuyos cuarteles blasonaron

la honradez y el talento. Miembro conspicuo de dos facultades: Derecho e Ingeniería, vivió, con su familia, modestamente, sin más servicio que el necesario para

mantener su hogar de manera ordenada y pulcra. Eran aquellas callejas de San Salvador, ausentes de algo que pudiera llamarse pavimento y abundantes en piedras sueltas, baches, basuras, charcas y remedos de aceras, con estorbos en forma de gradas salientes; era aquella empresa, durante mucho tiempo la única, de coches y diligencias, lo más simple en materia de transporte humano: un esqueleto forrado de carpeta negra, sostenido por dos malos resortes y rodado por cuatro ruedas de llantas de acero; todo, tirado por un par de avitamínicos caballejos; una peseta, dos reales, lo equivalente a veinticinco centavos, valía la carrera de corta distancia urbana: tal era la empresa de la familia Manzano, de don Pedro Manzano. Nunca vimos a don Santiago acomodar su prócera figura en tales vehículos; aun a la hora meridiana se le veía, con paso medido, solo, la vista un tanto inclinada hacia el suelo, camino de su casa.

Quizá, haya dado algún rodeo para llegar a ella; tal vez haya tenido alguna cita amistosa en la Gran Vía del español, señor Martínez; probablemente le esperaran: Ben-

jamín Orozco, Adán Mora, Liberato Dávila, y, con toda seguridad, Juan Gomar. El doctor Gomar, era, más que abogado distinguido, un cultor del Arte. Sus conciertos de piano eran oídos con fruición y entusiasmo. Quizá concertara en el Casino Salvadoreño una entrevista con don Federico Mejía. De cualquier manera, quien hubiere querido encontrar al Dr. Barberena, sin dilación, le hallaría o en algún centro de enseñanza (Instituto, Politécnica o Universidad) o en su casa. Aquí, con la vista siempre sobre el libro o en vía de dar cima a una obra nueva, gastaba las horas de la noche, hasta las doce. Recuerdos de sus labores mentales, guarda la vieja casa contigua a la Sociedad de Obreros, situada a una cuadra del actual Teatro Apolo y a menos de una cuadra del Diario del Salvador, de don Román Mayorga Rivas, hacia el Poniente.

El doctor Barberena, profesor de Matemáticas, para nosotros, muchachos de unos 15 años, era don Santiago, el maestro de quien nadie huía; a cuyas clases nadie faltaba; que tenía todas nuestras simpatías y a quien queríamos. Las torturas del Algebra; de

la Geometría, eran, con don Santiago, una delicia. Por su causa o, más bien, por la nuestra, nadie sufría una mala nota, y, menos, un castigo. Para él, no había muchacho malo, pues, casi a nadie conocía. Subía a la cátedra; sostenía la cabeza con la mano derecha, un tanto voluminosa, hacia el pulgar; luego hacía que uno de los alumnos fuera al pizarrón; dictaba un problema, y, por lo general, el alumno se perdía entre signos e incógnitas siendo el doctor Barberena, quien, con prodigiosa facilidad, lo resolvía, economizando mucho tiempo en la solución mental de las partes correspondientes a multiplicaciones y divisiones.

Y ¿qué diremos de los exámenes, comparándolos con las réplicas y calificaciones de otros jurados? Todos salíamos satisfechos. Era familiar el decir: cuanto más ilustrada es una persona, cuanto mejor conoce su materia y más benigna es.

¡Parece que el tiempo no hubiera transcurrido! Sin embargo ¡Cómo han cambiado las cosas y las circunstancias! Por esos años, nuestro jurado de grado, para optar el título de Bachiller, estaba integrado por quienes se consideraba

de conocimientos superiores y a quienes se distinguía con el calificativo muy honroso de sabios: Estos eran los doctores, Santiago I. Barberena, Nicolás Aguilar y Teodocio Carranza. Estos venerables maestros, contemporáneos del doctor Darío González, representaban las Matemáticas, las Ciencias Naturales y las Ciencias Filosóficas. Vívida aparece en nuestra mente esa terna de sabios venerables y simpáticos: barba cerrada y abundante; bien cuidada, cubría el rostro de los doctores, Barberena y Aguilar; casi negra la del doctor Barberena; casi blanca y de corte cuadrado, la del doctor Aguilar; ¿don Teodocio? ¡Ah!, si era tan de buen gusto el llevar una hermosa barba! ¡Cómo la desearía el doctor Carranza!; y, muy raro: el Dr. Carranza era tan blanco como el doctor Barberena; sin embargo, así lo quiso Dios.

¿Con respecto a indumentaria? Sí era raro el estudiante que saliendo del Instituto de Secundaria para entrar a la Universidad, no llevara, y de manera muy elegante, traje de levita, corbata de plastrón, sombrero de copa redonda, chaleco y bastón de empuñadura de oro. ¿Nues-

tro jurado de grado? Su vestido de todos los días era el de etiqueta: el doctor Barberena siempre iba vestido de levita traslapada; los doctores Aguilar y Carranza, de levita tirada,

¡Como que era más humana y justa la sociedad y la juventud del siglo XIX! ¡Qué de aprecio, cariño y consideración para las personas como

los doctores Barberena, Aguilar, Carranza, González, Víctor Jerez, José Emilio Alcaine, Francisco Gutiérrez, J. Samuel Ortiz, Benjamín Orozco.

Queden estas reminiscencias en loor del ilustre maestro, cuyo centenario conmemoró el Ateneo de El Salvador.

S. S. sept. 27 de 1951.

INFORMACION

Muerte del doctor Manuel Castro Ramírez, p.

El 25 de enero, inesperadamente falleció uno de los hombres más conspicuos que ha tenido El Salvador; el ilustre jurisconsulto doctor Manuel Castro Ramírez, p. Inmediatamente que se supo la noticia, el Ateneo de El Salvador, que tuvo siempre en el fallecido a un colaborador magnífico y que era Miembro Honorario de la Institución, se hizo presente en el duelo. Una comisión integrada por el Presidente, Ing. y coronel Simeón Angel Alfaro, por el Secretario General Dr. H. C. Juan Felipe Toruño y por el Prosecretario doctor Napoleón Ro-

dríguez Ruiz, estuvo presente en el sepelio, consignando ante sus hijos y familiares, el voto de condolencia de nuestra entidad

La última colaboración que dió él para la revista Ateneo, va en páginas anteriores. Ella es la alocución que pronunció en San Vicente con motivo del homenaje tributado al prócer José Simeón Cañas.

Ya el miembro activo de nuestra institución, bachiller Jorge Lardé y Larín, escribió el artículo necrológico que se leerá y en el que de modo preciso y justiciero, firme y sin hipérboles, hace el elogio del connotado desaparecido.

Con él fallece uno de los sostenes del pensamiento na-

cional en varios de sus aspectos: como internacionalista, como historiador, como orador y como escritor de múltiples facetas.

No tenemos sino que lamentar pérdida tan sentida por el pueblo salvadoreño y en especial por el elemento pensante del país.

Nuestro pésame lo renovamos a sus hijos y hermanos y en especial al doctor Manuel Castro Ramírez, h. quien heredando talentos de su progenitor, a estos días es un conspicuo penalista, figura de relieve en el foro cuzcatleco.

Agape ofrecido por el Ingeniero Alfaro

Al tomar posesión la nueva Junta Directiva del Ateneo de El Salvador que funcionará en el año de 1954, el nuevo Presidente, Cnel. e ingeniero Simeón Angel Alfaro, ofreció un ágape en su residencia de los Planes de Renederos.

Se reunieron los miembros activos del Ateneo habiéndose departido cordialmente, durante varias horas, siendo atendidos por el anfitrión, su esposa e hijos.

Oportunidad fue esa para que se renovara el optimismo entre los que formamos la

institución: efecto de llevar adelante la obra de cultura a cargo del Ateneo.

Homenaje a don Manuel José Arce y Valladares

El 18 de marzo en el salón de actos públicos del Ateneo de El Salvador se efectuó el homenaje tributado al miembro activo don Manuel José Arce y Valladares, por el triunfo obtenido en su poema «Introspección Hispánica» que publicamos en edición anterior.

En ese acto, que fue solemne, se le hizo entrega de la edición del poema, impreso lujosamente, siendo ese obsequio como una distinción al merecimiento del poeta y del colega.

Ofreció el acto el Secretario General Dr. H. C. Juan Felipe Toruño. El Presidente ingeniero coronel Simeón Angel Alfaro le entregó un pergamino en el que se perpetúa y se manifiesta la simpatía y el reconocimiento a sus méritos, con la cordialidad al que obra en las lides de la cultura.

Leyó el poeta Arce y Valladares el poema que obtuvo el primer premio en el Concurso de la Coaternidad Intelectual del Mundo Hispáni-

co en la República Dominicana.

Y al terminarse la recepción, emocionado el poeta, leyó la siguiente pieza de agradecimiento:

«Compañeros ateneístas:
Señoras: Señores:

El acto de esta noche comprueba una vez más —y de manera elocuentísima— que distinciones de esta naturaleza honran tanto a quien las otorga como a quien las recibe. A la docta corporación ateneísta, porque hace honor a sus títulos de propulsora de la cultura y porque confirma el espíritu de generosa hospitalidad de la sociedad salvadoreña. A mí, porque al exaltarme en mi condición de poeta me depara la más satisfactoria compensación en mis afanes de toda una vida. De tal modo alienta este convivio familiar de las letras, esta comprensión de las almas, vigorizando mis conceptos acerca de la misión que los poetas hemos traído al mundo. Esto es, afirmar los valores del espíritu sobre la grosera fugacidad de la materia; cantar el don divino de la individualidad en el hombre, como hombre y como elemento de conglomerados que se individualizan en lineamientos incon-

fundibles de fe, de raza, de confraternidad humana.

Orientado siempre dentro de ese criterio —pese a encontradas tendencias contemporáneas—, desde la juventud consagré mis desvelos a hacer la revisión de las virtudes que nos legara la hispanidad al transverse en América. Virtudes excelsas que polarizan en la fe de Cristo, en la lengua de Cervantes, en las gestas gloriosas de los campeadores. Y todo ese caudal incommensurable, fundido en amoroso torrente de sangre con el heroísmo y las estoicas virtudes de Moctezumas y Atahualpas, de Atlacatl, de Lempira, de Tecum Umán.

Esa creo que es y debe ser la misión del poeta; y más que nunca en la hora presente: elevar los corazones. Dar lección constante de desinterés, con ese desprendimiento que caracteriza a ese hombre común y corriente, como cualquier otro, pero insuflado de fervor por el bien y la belleza y que tiene el don de melificar sus palabras con armonías eternas; esos seres que diz que viven con la cabeza en las nubes y los pies rozando apenas la corteza terrestre, pero lo suficiente para herirse las plantas con las guijas y sangrar

ante el dolor de los semejantes, que también es el propio dolor. Porque la poesía es desangramiento de amor, nunca de odio. Así lo sintetizaba Gabriela Mistral evocando a Amado Nervo:

«entre lenguas de odio
(eras lengua de paz».

Y así el mas poeta de todos los poetas concretó la fórmula —con su sangre preciosísima— en el «Amaos los unos a los otros».

Quiero ahora expresar mi gratitud al Ateneo de El Salvador, por medio de estas palabras escritas de antemano porque sé que de otra manera, en estos propios momentos, la emoción ahogaría mis voces en la garganta; máxime careciendo como carezco de facilidad para la improvisación.

En este voto de gratitud para todos y cada uno de los compañeros ateneístas, plácese dejar constancia de que no alvidaré nunca la bondadosa iniciativa de agasajarme formulada por el general José Tomás Calderón, en sesión memorable, al enterarse en corrillos del galardón a que me

hiciera acreedor en el gran Certamen de Confraternidad Intelectual del Mundo Hispánico; y asimismo la forma cálida con que Juan Felipe Toruño acogiera la moción, hasta llevarla con todo dinamismo a feliz término en el acto de esta noche.

Una de mis más grandes satisfacciones al haber cosechado ese laurel, es la de retribuir con él a esta benemérita institución el honor de haberme recibido en su seno.

Y a todos los aquí presente, muchísimas gracias!

*Manuel José Arce y Valladares.**

En esta forma el Ateneo de El Salvador ha tributado un reconocimiento a quien sabe mantener digna y bellamente la poesía.

Al acto asistieron miembros del cuerpo diplomático y consular, habiendo asistido el Arzobispo de San Salvador, don Luis Chávez y González, Miembro Honorario de la institución y el Embajador de la República Dominicana, Licenciado René Malagón y Morel y su señora esposa.

SUMARIO:

Editorial—Nuestros Actuales Propósitos—S, A, A....	1
Filosofía del Espíritu—Hombre, Ambito y Angustia—Por el Prof. Alfredo Betancourt	3
Influencia de San Salvador en el establecimiento del Estado de El Salvador—Por el doctor Manuel Vidal	11
Arte y Artistas—Por el doctor Manuel Zúñiga Idiáquez	19
Educación Sexual—Por el profesor Gilberto Valencia Robleto..	26
Toño Salazar y el Contorno de sus Muñecos—Por el Dr. H. C. Juan Felipe Toruño	36
Una Mujer y Una Obra—Por el profesor Francisco Morán	39
Homenaje a José Simeón Cañas en San Vicente—Por el doctor Manuel Castro Ramírez, p.	44
A la Memoria del Prócer José Simeón Cañas—Por don Luis Gallegos Valdés	47
Los que se van—Doctor Manuel Castro Ramírez, p.—Por el bachiller Jorge Lardé y Larín	48
Los Trabajadores del Mar, de Víctor Hugo—Por el profesor José Lino Molina...	52
Recuerdos del doctor Santiago I. Barberena—Por el doctor Leonidas Alvarenga	54
Información ...	57